

Reseña de libros

I EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

SIEWERT, P.—*Der Eid von Plataiai*. Vestigia. Beiträge zur Alten Geschichte, Bd. 16. Munich, Beck, 1972. 118 pp., 2 lám.

En esta breve pero densa y excelente monografía se enfrenta P. Siewert con uno de los documentos epigráficos objeto de mayores controversias en los últimos años, desde su publicación en 1938 por L. Robert. Dos versiones de este juramento prestado por los soldados atenienses antes de la batalla de Platea las habían ya proporcionado el orador Licurgo (*c. Leocr.* 81) y Diodoro Sículo (XI 29, 3), quien quizá depende de Eforo. La comparación de ambas con el texto de la estela descubierta en el demo de Acarnas¹ demuestra que no existen diferencias notables en la transmisión de las cláusulas esenciales de aquel acto. Sin embargo, ya desde poco después de la edición del epigrafe siguió poniéndose en duda por una parte de la investigación la autenticidad histórica del juramento, al que se consideraba como una creación retórica del siglo IV a. C., tanto más cuanto que la estela podía fecharse por sus caracteres externos y paleográficos en la segunda mitad de ese siglo. Solamente Daux, Raubitschek y Burn defendieron su valor documental para el conocimiento de las guerras médicas, posición que el estudio de Siewert apoya ahora con análisis y argumentos de considerable peso.

En primer lugar realiza el Autor el examen estilístico de las diferentes partes del juramento en sus tres redacciones —las dos literarias y la epigráfica—, para lo que utiliza preferentemente la comparación con las cláusulas de contenido y función similares conservadas en los documentos de tipo internacional². A continuación lleva a cabo el estudio de las distintas secciones de la inscripción: introducción al juramento; compromiso a luchar con denuedo y a obedecer a los jefes; amenaza contra las ciudades colaboradoras con los persas; promesa a los helenos de garantías de no agresión, ni asedio por hambre, ni corte de los conductos de agua (reflejo amfictiónico); la fórmula de imprecación; la ceremonia del juramento y la promesa de dejar los santuarios destruidos como muestra del ultraje a los dioses cometido por los persas. Llega así Siewert al resultado de que, a pesar de la opinión de Teopompo (F Gr Hist 115 F 153) sobre la falsedad del juramento, influida sin duda por los especiales prejuicios y antipatías del historiador de Quíos al juzgar la objetividad de sus fuentes, y de la posible contaminación de las dos versiones literarias, difícilmente hubieran podido inven-

¹ Las líneas 5-20 de la inscripción contienen el juramento de los efebos atenienses; el juramento de Platea lo constituyen las líneas 21-51.

² Cómodamente accesibles gracias al corpus de H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums II*, Munich-Berlin, 1962.

tarse en el siglo IV a. C. esa serie de particularidades tan instructivas que, a lo largo de una minuciosa descripción, se ponen de manifiesto. Ciertamente algunas de las indicaciones del juramento pudieron haber sido creadas por un falsificador que manejara buenas fuentes (como, por ejemplo, las referencias de Heródoto sobre la coalición helénica contra los persas), pero existen otros puntos que confirman indiscutiblemente la antigüedad del contenido, como son algunas de las expresiones más frecuentes en los tratados y acuerdos de los siglos VI y V a. C. en cuanto a la manera de designar las formas de alianza, la libertad de las partes, la paz y la guerra, etc. El hecho de que el juramento carezca de algunas de las fórmulas que se harán cada vez más usuales y casi necesarias en la prestación solemne de cualquier compromiso desde la segunda mitad del siglo V a. C. (prohibición formal de eludir lo convenido οὐδὲ λόγῳ οὐδὲ ἔργῳ, promesa de no dejarse convencer por nadie para contravenir el juramento y de hacer posible con toda energía y fuerzas el cumplimiento del mismo), es otra muestra de que pensar en una falsificación ateniense en el siglo IV parece muy improbable. Además, en la misma inscripción se expresan determinadas condiciones que claramente se hallan en la línea de la religiosidad arcaica y que difícilmente podían haberse creado casi dos siglos más tarde, como son el compromiso a enterrar a todos los caídos en el combate, la aniquilación ritual de la polis enemiga y la consagración del diezmo, la maldición contra la fertilidad de los campos, de las personas y del ganado (que procede del ritual oriental del juramento), la ceremonia de cubrir con un escudo a las víctimas del sacrificio.

Este completo estudio, por consiguiente, ha venido a poner orden dentro de la copiosa y dispar interpretación del verdadero alcance del juramento de Platea. No cabe duda de que la inscripción, que pertenece al siglo IV a. C., no sólo no es una falsificación, sino que en su mayor parte, posiblemente en su totalidad, se apoya en una redacción auténtica, contemporánea de las guerras médicas; por su valor paradigmático como modelo para la juventud que se iniciaba en el servicio a la polis mereció, junto al juramento de los efebos, los honores de una nueva grabación de acuerdo con un original más antiguo, y ésta se hizo por encargo de Dión de Acarnas, sacerdote de Ares y de Atenea Areia. Acerca del único aspecto del juramento que el Autor no ha tratado (I. 29-31, § 4 = obligación de inhumar a todos los caídos), que debería insertarse en la p. 60, puede consultarse mi estudio sobre *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia I*, Santiago, 1975, pp. 97-105, 124-134 (antigüedad, costumbres y obligatoriedad de la devolución de los cadáveres y de su inhumación). En mi opinión, en el caso concreto del juramento de Platea la inserción de esta disposición se hallaba más que justificada por el temor a que los persas, si vencían, pudiesen inferir a los cadáveres los mismos ultrajes que cometieron con Leónidas, y quizá con el resto de los espartanos, tras la ocupación del paso de las Termópilas (Herod. VII 238). Que todo el ejército griego en Platea había tomado conciencia de este deber de procurar por cualquier medio la sepultura a quienes perdiesen la vida, lo que constituía una de las diferencias básicas entre helenos y bárbaros (vid. Herod. IX 78-79), parece confirmarlo el hecho de que después de la batalla los mismos griegos enterraron incluso los cadáveres de los persas, y son varios los nombres de las personas de las que cuenta la tradición que inhumaron el cuerpo de Mardonio (Herod. IX 83-84; Paus. IX 2, 5).

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

CATÓN.—*De l'agriculture*. Texte établi, traduit et commenté par RAOUL GOUJARD. Paris, «Les Belles Lettres», 1975. LVI + 345 pp., en parte dobles.

En uno de los más voluminosos tomos de la prestigiosa «Collection des Universités de France», acaba de aparecer esta edición del tratado *De agricultura* de Catón, provista de amplia introducción, texto latino y traducción francesa, así como un detallado comentario, realizados por Raoul Goujard.

El tratado catoniano, pese a las frecuentes críticas que recibe por su escaso valor literario, su extraña disposición interna, etc., posee sin embargo méritos relevantes: es el primer libro en prosa latina que se conserva completo; tiene un importante valor documental, un notable interés lingüístico. Por todo ello resultaba un tanto lamentable el reducido número de ediciones de la obra: tres, sin traducción, en la Teubneriana (Keil, 1884; Goetz, 1922; Mazzarino, 1962); una bilingüe en la colección Loeb (Hooper y Ash, 1934), y pocas más. En nuestro país, la «Colección Hispánica» anunció hace años la preparación de una edición por el profesor Bejarano, empresa que desconocemos si ha sido llevada a término, pero que en todo caso no ha visto la luz. En estas circunstancias, una edición bilingüe francesa ha de causarnos por fuerza gran satisfacción. Dicho esto, analicemos con cierto detalle sus méritos y deficiencias.

La «Introduction» (pp. I-LVI) consta de cinco apartados, dedicados a la vida de Catón, su obra, al *De agricultura*, al establecimiento del texto y a las ediciones principales. Estos cinco capítulos son de valor bastante desigual. El que se ocupa de la biografía es, a nuestro entender, el menos interesante de todos; cierto es que está perfectamente documentado, basando todas sus noticias en fuentes clásicas; sin embargo, al ceñirse excesivamente a éstas, renunciando a una interpretación y una selección, lo convierte en algo así como un elenco exhaustivo de *Testimonia* antiguos, traducidos al francés. O lo que es lo mismo: semeja una especie de biografía de corte clásico, suetoniana en alguna ocasión, lo cual, por tratarse de una biografía actual, resulta chocante más de una vez. Comprendemos que puede responder a las exigencias de la Colección; no obstante, la existencia de obras sobre Catón como las de Marmorale (1949₂) o de Della Corte (1969₂) facilitarían, o mejor exigen, un tratamiento más adecuado que el de ésta que comentamos.

El apartado dedicado a la obra fragmentaria de Catón es poco más que una breve enumeración, incompleta, de la misma. Por supuesto, hay que tener en cuenta que trata un aspecto un tanto al margen de la empresa. Señalemos, eso sí, como datos que podrían tenerse en cuenta en una segunda edición, que en p. XXVI nota 1, es preciso indicar el volumen correspondiente de Schanz-Hosius; en p. XXVII nota 1 (*dicam de istis...*) encontramos una teoría un tanto gratuita, que precisaría más apoyos; por último, al hablar de los fragmentos de las cartas de Catón (p. XXIX), creemos que debería citarse, al lado de la edición de Jordan, la estupenda de Cugusi, publicada en 1970 en el «Corpus Paravianum».

Más interés tiene el capítulo III, centrado ya en el *De agricultura*, donde se estudian los problemas del título, contenido, autenticidad, composición y se hace el panegírico del tratado, basándose sustancialmente en su valor documental.

Los capítulos IV y V se ocupan de los problemas de la edición, el primero del establecimiento del texto, el segundo de las ediciones anteriores. Ambos nos parecen muy aceptables, con la sola excepción del párrafo que copiamos a con-

tinuación, penoso en una edición de 1975: «N'ayant pu disposer de reproductions du *Vaticanus Urbinus* 1328... ni du 19355... du British Museum, je m'en suis remis à A. Mazzarino, dont les collations, pour les autres manuscrits, se sont avérées exactes, à part quelques erreurs» (p. XLIX). Conformarse con lecturas de las que se tiene un cierto recelo podría justificarse acaso en un ms. del Monte Athos, no en uno del Vaticano o del British Museum.

Viene a continuación la edición latino-francesa. La traducción sigue fielmente el texto latino, lo cual nos parece medida muy acertada para una versión de Catón. Se trata de una traducción muy bien realizada, utilísima, con un complemento aclaratorio ideal en el largo comentario que cierra el libro. ¡Ojala dispusiésemos de una versión semejante en lengua española! Y, puesto que nos gusta tanto, nos permitimos llamar la atención de su autor para la interpretación de *armenta delicula, oves deliculas* (2,7), sobre el trabajo de R. Castresana «El par *deliculus/delicus*», *Durius* 1, 1973, pp. 101-107, donde se encuentra un estudio a fondo del problemático término *deliculus*, que supera con creces a los consultados por Goujard (cf. nota 19 de la p. 128 del Comentario).

El texto latino se mueve dentro de una acertada línea de respeto de la tradición, con un aparato crítico breve, pero suficiente, y sobre todo con una claridad que lo hace muy preferible, para nuestro gusto, al difícilmente legible de la más reciente edición Teubneriana, la de Mazzarino (1962).

Siguen algo más de 200 páginas de un útil «Comentario», con información amplísima y de todo tipo, que ayuda a leer y comprender mejor una obra tan técnica.

Las páginas 325-342 ofrecen un detallado *Index nominum et rerum*, magnífico auxiliar para la consulta y la investigación que no debería faltar en edición alguna.

Se cierra el conjunto con ocho páginas de interesantes «Ilustraciones» (una prensa de vino del siglo XII; dos plantas del local idóneo para prensar aceite, establecidas según los preceptos de Catón; una prensa de aceite, reconstruida por el mismo procedimiento, etc.).

Para concluir, digamos que nos parece una edición magnífica en su conjunto y utilísima. Que no nos gusten los capítulos I-III de la «Introducción»; que hayamos criticado la falta de consulta de dos manuscritos (por lo demás, advertida con admirable honestidad por el autor); que seamos un poco puntillosos en nuestra crítica en algún momento..., todo ello no es más que prueba de nuestro enorme respeto y admiración hacia esta obra de Raoul Goujard, *opus magnum* que merece todo encomio.

Nos resta decir que no hemos encontrado erratas llamativas: en libro tan voluminoso nuestra vista se ha detenido tan sólo en un *maoeuvres* por *manoeuvres* en p. XLII. También por ello son dignos de aplauso autor y editores.

ANDRÉS POCIÑA

LE GALL, J., DE SAINT-DENIS, E., WEIL, R.—*Alésia, textes littéraires antiques*.
L'ABBÉ, M., MARILLER, J.—*Textes médiévaux*. París, 1973, 177 pp.

El libro que reseñamos es una recogida de textos antiguos y medievales sobre Alesia. Dan los autores los textos originales y la traducción de ellos, señalando

siempre las ediciones críticas de donde los han sacado, que generalmente son las mejores. Las fuentes van acompañadas generalmente de un aparato crítico, en el que se discuten las más importantes variantes y se justifican las lecturas seguidas. También se han intercalado comentarios de tipo histórico o arqueológico, que sirven para esclarecer puntos concretos de las noticias transmitidas por los autores. Hay igualmente en la interpretación de las fuentes un constante manejo de la numerosa bibliografía especializada, bien elegida. Los textos de cada autor van precedidos de una breve introducción sobre el escritor, en la que se le encuadra en el ambiente de su época, y se señalan las características de ésta y la edición crítica de donde se ha entresacado el texto. El presente libro, por lo tanto, es un buen ejemplo a imitar para esta clase de trabajos, que son muy importantes, tanto para el historiador como para el filólogo. Y es probable que cada vez con mayor frecuencia aparezcan otros dedicados a diversas ciudades. En ellos se puede seguir perfectamente la historia de las principales ciudades y su evolución. Particular importancia, como era de esperar, conceden los autores a los textos debidos a César, que son el obligado punto de partida para este estudio. Son también el conjunto más numeroso y el que los autores han tratado con especial esmero; estudian el lugar de estos capítulos en el conjunto del *Bellum Gallicum* y en el libro VII, la fijación del texto, el aparato crítico, acompañado de unas breves notas complementarias, además de dar, como siempre, el texto y la traducción. En un segundo apartado se recogen y analizan otros textos del corpus cesariano relativos a Alesia sacados del *B. G.* VIII y del *BC* III.

Entre las fuentes secundarias catalogan, con las mismas características en el estudio, 11 autores diferentes, que se han ocupado de Alesia. En este apartado adquieren especial relieve, por su importancia, las páginas dedicadas a Diodoro de Sicilia, donde se lee (IV 19, 1-2) un texto referente a Iberia, que nunca ha sido comentado, ni recogido, que sepamos, entre nosotros. En él escribe el historiador siciliano que «Hércules confió el reino de los iberos a los más nobles de los habitantes del país y a la cabeza de su ejército se pasó a la Céltica». Igualmente Plutarco en su vida del Dictador aludió largamente a la toma de la ciudad gala, al igual que Dión Casio, historiador que dedicó a Alesia tres largos capítulos (39-41) en el libro XL de su obra, en el que se halla un cierto número de indicaciones, que no figuran en los comentarios cesarianos. La mayoría de los historiadores antiguos se refieren, al aludir a la ciudad, al sitio de César: así Estrabón; Vellejo Patérculo, Plutarco, Tácito, Floro —a este escritor los autores han dedicado un buen comentario—, Polieno, Dión Casio y Orosio, que es el último autor de la antigüedad que menciona la ciudad. Particular interés ofrece el texto de Plinio el Viejo (*NH* XXXIV 48) que se refiere a técnicas de aplique de los metales, lo que prueba que Alesia fue importante en el Mundo Antiguo por la fundición de metales.

Los textos medievales son nueve, fechados entre los siglos V y IX, y seis dados en la segunda mitad del siglo IX, a los que acompaña una catalogación de documentación de archivos referentes a Alesia-Sainte-Reine. Cierran esta segunda parte la Crónica Florentina de Giovanni Villani y un auejo sobre el *pagus alsiensis*. Los primeros textos medievales son fundamentalmente vidas de obispos o documentación eclesiástica.

Particular atención prestan los autores a las Actas de Sainte-Reine.

J. M. BLÁZQUEZ

QUINTILIEN, *Institution oratoire*. Tome I, livre I. Texte établi et traduit par JEAN COUSIN, professeur honoraire à l'Université de Besançon. Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1975. CXXXVI + 187 pp.

Aunque no brillara en la época clásica y áurea de la Literatura Latina, cual un Cicerón, el rétor F. Quintiliano, no por eso es una figura tan secundaria o de bajo relieve sobre el fondo de las Letras Romanas. Tiene, efectivamente, más que un medio relieve su estilo neoclásico y especialmente su doctrina pedagógica, que le han hecho acreedor a una influyente pervivencia en época antigua y medieval, y más destacada aún en el período renacentista europeo.

Era por eso cosa extraña que la ilustre «Collection Budé» tuviera con Quintiliano una deuda de publicación que ahora ha empezado a saldar con este primero y hermoso volumen de Jean Cousin, como hizo la Colección Oxoniense con el texto de la obra completa de Quintiliano en 1970. Tenemos por tanto desde 1975 el primer tomo con el libro I que inicia la serie que constituirá toda la obra del rétor hispano en «Les Belles Lettres».

El filólogo y humanista, Jean Cousin, que ha preparado este libro, tiene méritos reconocidos para garantizar el éxito y seriedad científica del empeño. Es especialista en el tema y lo pone de manifiesto en la extensa Introducción, a la vez bien documentada, que hace de los problemas biográficos y literarios sobre la persona y la obra de Quintiliano, las fuentes y vocabulario, que tiene ampliamente estudiadas en monografías anteriores. Vamos a verlo, en efecto, en un sucinto análisis del volumen que nos ocupa.

Este está estructurado, conforme a las normas de la Association Budé, en una Introducción General a la obra *in totum* de Quintiliano, otra especial, que llama *Notice*, mucho más breve, para el libro I, objeto del volumen, el texto y traducción francesa, cuerpo del libro y notas complementarias de comentario, moderadamente extensas.

La Introducción General toca en 126 páginas las cuestiones más destacadas referentes a la vida y a la obra del autor del *De Institutione Oratoria*, bajo los temas siguientes: biografía, el abogado y el profesor, el hombre y la doctrina, dedicatoria, establecimiento del texto de la presente edición.

La biografía va apoyada prudentemente en los datos más seguros que proporciona el mismo autor a lo largo de su obra, y en los de sus contemporáneos y discípulos inmediatos, testimonios que va exponiendo y estudiando Cousin en notas al pie de página. Sirven especialmente éstos para precisar lo más posible la data de preparación, composición y publicación de la *Institución Oratoria*, que ya tenía estudiados a fondo el mismo Cousin en sus *Problèmes biographiques et littéraires relatifs à Quintilien*.

El tema del «hombre y la doctrina» es el más desarrollado en la Introducción, y donde, a nuestro juicio, muestra más su originalidad Cousin, que a su vez tiene en cuenta los estudios más completos y serios relativos al caso, como los de R. G. Austin, de H. Klösel, de H. Diels y W. Kranz para los presocráticos, el de A. Michel, para la retórica y filosofía en Cicerón y otros. Se tocan en este apartado puntos tan notables para comprender el fondo de la obra de Quintiliano, como la posición del autor sobre los grandes problemas de la retórica, su respeto a la tradición y enseñanza del pasado, que para Quintiliano es la de Cicerón; de ahí su neoclasicismo; el concepto de Quintiliano sobre la filosofía y los principios doctrinales que informan su obra: en él los principios morales, mientras en Ci-

cerón son los aspectos culturales que proporciona la filosofía. Quintiliano no se adscribe a un sistema determinado de filosofía, aunque tome ideas morales de los estoicos y conciba el mundo animado como un sistema de orden bajo una simultaneidad esencial de los sucesos con una solidaridad como causa.

El autor de la magnífica Introducción va comparando y relacionando los conceptos y puntos de vista de la doctrina filosófica de Quintiliano con los diversos sistemas anteriores y contemporáneos de éste, para deducir la base e inspiración lógica y dialéctica de la Pedagogía y Retórica del rétor hispano.

Para el establecimiento del texto crítico de esta edición que se inicia ahora, acude Cousin a los estudios y resultados de sus antecesores en la materia, entre ellos a Radermacher y Wintertottom. Y la edición toma como base del texto tres códices del siglo IX y cuatro del siglo X, que son los que figuran en el aparato crítico del texto del libro I. No olvida tampoco la tradición indirecta, valorando, como merece la de Julius Victor, la de C. Fortunatianus, la de Casiodoro, etc. Pero no tiene en cuenta para el libro I las peculiaridades del Salmantino Sm., del siglo XIII, de más valor textual para confirmar lecciones o variantes e introducir alguna nueva, que las de los recientes del siglo XV que emplea.

En la *Notice* o Introducción directa al libro I, señala Cousin el carácter pedagógico, y casi exclusivamente gramatical y de práctica de lengua de este libro, que constituye como el cimiento de la obra del maestro calagurritano. Cousin llega al fondo del pensamiento pedagógico y filosófico del autor, descubriendo sus principios que guían los preceptos y enseñanzas del pedagogo hispano. Precisa el pensamiento de Quintiliano sobre el concepto y extensión del *Grammaticus* y la Gramática. Expone con detalle la cuestión de la analogía y la etimología en este libro de Quintiliano con el problema de fondo que implica. Una ojeada a los temas señalados en los epígrafes de los 12 capítulos del libro I basta para darse cuenta de su materia y carácter.

A la *Notice* sigue el texto latino con moderado aparato crítico sobre los códices antes indicados, y la traducción francesa con pequeñas notas de citas, alusiones y lugares paralelos a que se refiere el texto de Quintiliano.

Siguen en las pp. 153-187 las notas de comentario de carácter histórico y gramatical, excluyendo por norma de la Colección las de tipo estilístico. No son, por eso, tan numerosas como las de F. H. Colson, en su edición del libro I de Quintiliano de 1924, que bien conoce Cousin.

La *Table de matières* es muy genérica, y se echa de menos un Índice detallado de los problemas y puntos tratados en la Introducción General y en la *Notice*, que daría idea de conjunto muy completa de su importante contenido; ya que no se den también índices de obras y autores del texto y de la misma Introducción, que acaso queden para recogerlos en total en el último volumen de la obra del gran rétor Quintiliano en esta Colección.

Los esfuerzos y dificultades que han de superarse para la edición de tan extensa obra, máxime en ciertos libros de técnica retórica, serán muy meritorios y altamente fructíferos para el mantenimiento y difusión de estos monumentos de la Antigüedad clásica.

J. CAMPOS SCH. P.

BOŽKOV, ATANAS.—*Miniatjuri ot Madridskija r'kopis na Joan Skilica. Izsledvane v'rchu miniatjuri ot r'kopisa na Joan Skilica ot XII-XIII vek v Madridskata Nacionalna Biblioteka s's 170 cvetni i černo-beli iljustracii. Sofija, Izdatelstvo na B'lgarskata Akademija na Naukite, 1972. 23 × 31 cm. 260 pp.*

El profesor Božkov dedica el presente volumen —magníficamente editado por la Academia Búlgara de las Ciencias— al estudio de las miniaturas del famoso códice griego de J. Skylitzes conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (Graec. 26-2).

Ante todo hay que reconocer el gran mérito de esta publicación, constatando que el profesor búlgaro ha conseguido reunir en este lujoso volumen la mejor colección de miniaturas publicadas hasta ahora del códice de Madrid. La cantidad y la calidad de reproducciones en color que aquí se ofrecen dejan muy atrás en punto a perfección técnica a todas las publicaciones aparecidas hasta ahora sobre el tema. Baste consignar a este respecto que frente a las 12 ilustraciones en color, de calidad más bien deficiente, incluidas en la reciente obra del Dr. Cirac (v. S. Cirac Estopañán, *Skylitzes Matritensis*. Tomo I, Barcelona, 1965), el profesor Božkov ofrece en esta obra nada menos que 81 que no desmerecen ni en colorido ni en exactitud de las miniaturas originales. A éstas se añaden 33 en blanco y negro, que en parte tienen por objeto presentar el marco general que ocupan en el códice las miniaturas reproducidas en colores. Una función auxiliar desempeñan también las 65 ilustraciones en forma de viñeta con que el autor acompaña en el último capítulo de esta obra sus elucubraciones sobre el transfondo histórico de las miniaturas del Matritense.

En el aspecto iconográfico la obra de Božkov es la última y más seria aportación en la larga cadena de estudios que eminentes bizantinistas —desde los tiempos del investigador ruso N. P. Kondakov— han dedicado al códice de Madrid. Božkov supera a sus predecesores en el aspecto técnico que acabo de indicar, y a la vez da un paso más adelante en el estudio pormenorizado del material iconográfico. El análisis minucioso que de éste hace y la comparación con otros monumentos análogos de primer orden (p. e. la crónica de Manasés de la Biblioteca Vaticana y la de Hamartolos de la Biblioteca de Lenin en Moscú) suponen un avance en orden a una fijación más exacta de la época de composición del Matritense (siglos XII-XIII) y facilitan el trabajo de deslindar los diversos ciclos y escuelas de artistas que participaron en el trabajo miniaturístico del códice.

En el aspecto codicológico Božkov se apoya en parte en los trabajos publicados por los investigadores españoles José María Fernández Pomar y Sebastián Cirac Estopañán, sin que ello suponga que él acepte todos los puntos de vista de este último, particularmente en lo que se refiere al lugar de origen del códice. Dado que Božkov manifiesta conocer bastante a fondo las aportaciones españolas, es una lástima que no haya caído en la cuenta de que buena parte de las elucubraciones del Sr. Cirac en el aspecto codicológico están inspiradas —por cierto muy servilmente— en el trabajo del Sr. Pomar. De lamentar son asimismo, en otro orden de cosas, las erratas de imprenta y una transcripción poco coherente consigo misma de los nombres españoles al alfabeto búlgaro.

Pero la importancia del códice matritense no se reduce meramente al plano iconográfico y codicológico. Es precisamente el transfondo histórico reseñado por Skylitzes en el texto y abundantemente ilustrado por sus miniaturistas bizantinos el que hace de este documento una joya única. El autor traza con ras-

gos vigorosos la historia azarosa del imperio bizantino entre 811 y 1057, época enmarcada entre la coronación del emperador Miguel I y la de Miguel IV. En esta coyuntura histórica despierta a la civilización una serie de pueblos jóvenes, que, al entrar en contacto con la órbita de influencia bizantina se convierten con frecuencia en peligrosos rivales del imperio de Constantinopla. Tal es el caso del pueblo búlgaro entre otros. Una vez consumada la asimilación de sus dos elementos étnicos (eslavos y turco-tártaro) y aceptada la civilización cristiana en su forma bizantina, surge una época de esplendor sin igual tanto en las letras como en pujanza militar que dura hasta el siglo XI y hace del joven imperio búlgaro una de las potencias principales del Alto Medievo. Nada tiene pues de extraño que en la crónica de Skylitzes —que abraza precisamente este lapso de tiempo— las relaciones bizantino-búlgaras jueguen un papel muy importante. Con ello se convierte la crónica bizantina en un punto de referencia indispensable para la historia del primer imperio búlgaro, de la misma manera que la obra «de administrando imperio» del emperador Constantino Porphyrogennetos —escrita un siglo antes— lo es para la historia del reino ruso de Kiev. Este trasfondo histórico explica también el interés que ya desde antiguo han manifestado los investigadores búlgaros por el códice matritense. J. Ivanov a principios de siglo y el autor de la obra que presentamos son buena prueba de ello. De hecho se puede incluso afirmar que los episodios de historia búlgara diseñados por Skylitzes en su crónica constituyen el «Leitmotiv» que ha inspirado el presente trabajo y que ha influido decididamente en la selección de miniaturas que aquí se nos ofrece.

La actualidad del trabajo de Božkov se ha incrementado mientras tanto con la aparición de la «editio princeps» de la obra de Skylitzes (cf. *Ioannis Scylitzae synopsis historiarum*, rec. Ioannes Thurn [Corpus fontium historiae byzantinae. Series Berolinensis, vol. V], Berlín, 1973). Esta edición crítica, por la que ya suspiraba a finales del siglo pasado el padre de la bizantinística moderna Karl Krumbacher, viene a llenar la gran laguna existente hasta ahora en el campo filológico que impedía valorar en sus múltiples vertientes el testimonio del Skylitzes Matritensis.

A. DE SANTOS OTERO

II LINGÜÍSTICA

RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO.—*Lingüística Indoeuropea*. Madrid, Gredos, 1975. 2 volúmenes, 1.151 páginas.

No es fácil reseñar en breve espacio una obra tan densa, que presenta tantas innovaciones de método y de resultados sobre manuales anteriores, tan rica en sugerencias, en nuevas soluciones a viejos problemas, tan ambiciosa en una palabra.

El método utilizado por el autor es el mismo que ya expusiera en anteriores obras. Pero como el método está siempre en función de la intención que se persigue, debemos comenzar por hablar de cuales son los propósitos de este libro, así como de definir brevemente la concepción del indoeuropeo que revela.

La escuela neogramática, recogiendo y desarrollando ciertas doctrinas y concepciones de Schleicher, fijó unas metas y propósitos a la Lingüística indoeuropea, puso a punto un método que supuso un ingente avance sobre etapas anteriores y logró multitud de resultados concretos tanto en el terreno de la reconstrucción del indoeuropeo como en el estudio pormenorizado de las diferentes lenguas indoeuropeas. El balance de esta escuela arroja un saldo a todas luces positivo.

Sin embargo, esa solidez en los resultados no se logró sin un cierto empobrecimiento de las intenciones y propósitos, ni sin una excesiva rigidez en la concepción de la problemática que plantea la comparación de las lenguas indoeuropeas. Y así, la búsqueda del origen de las categorías morfológicas, quedó desterrada de la práctica de los indogermanistas, tachada con frecuencia con el feo calificativo de «glotogonía». En cambio se dedicaron desde entonces los indoeuropeístas a poner en práctica la idea de Schleicher de que se puede reconstruir la lengua común ayudándose del postulado de la inexcipcionabilidad de las leyes fonéticas.

Desde la época de los neogramáticos han sucedido muchas cosas en las diferentes disciplinas lingüísticas. Hoy conocemos con más precisión la forma en que se producen los cambios fonéticos, han aparecido nuevas lenguas indoeuropeas, se han descubierto nuevas series de fonemas como son las laringales, ha tenido lugar el impresionante desarrollo de la Lingüística estructural, la rígida concepción dialectal por el sistema del árbol genealógico ha sido poco a poco arrumbada en favor de fórmulas más complicadas pero más cercanas a la realidad de la dialectalización.

Todo ello hace que los resultados del método y concepciones de la escuela neogramática deban, en parte, ser revisados y que intentemos llegar a nuevas sistematizaciones. Esos nuevos datos y planteamientos son el contexto en el que hay que explicar y entender el intento que supone este manual, así como las monografías del propio autor y algunos de sus discípulos. No se trata ya tanto de reconstruir la lengua como de trazar una historia de los sistemas fonológicos y morfológicos de la familia lingüística indoeuropea, estableciendo sucesivos niveles sincrónicos. Por otra parte, también se abandona la idea vigente desde Schleicher de que la lengua común contaba con el total de categorías desarrolladas, y de que la fragmentación dialectal consiste en la práctica en una disolución y empobrecimiento progresivo de los sistemas perfectos heredados. Se adopta, en cambio, la creencia de que la fragmentación dialectal puede conocer también el nacimiento de nuevas categorías morfológicas.

La intención central del libro que reseñamos consiste en trazar las líneas maestras por las que discurre la evolución del tipo lingüístico indoeuropeo. Los sistemas flexivos característicos del indoeuropeo han sido creados a partir de una etapa determinada. Antes de la creación de esos sistemas concretos, el indoeuropeo contaba sin duda con otros recursos formales para expresar las categorías morfológicas de que dispusiera. Se establece pues por ello mismo dos grandes etapas en la historia de la familia indoeuropea: 1) Etapa preflexional 2) Etapa flexional, cronológicamente sucesivas. Naturalmente el paso del indoeuropeo preflexional al flexional es un proceso largo y complicado que se produce paulatinamente a medida que se van creando los distintos modos de expresión de las categorías morfológicas por el procedimiento flexivo. Cuantitativamente la mayor parte de este libro está dedicado al estudio del nacimiento de las distintas categorías: genitivo, adjetivo, acusativo, nominativo, etc., en la flexión

nominal; desinencias personales, modos, segundo tema temporal, perfecto, etc., en la flexión verbal.

Sin embargo, además de estudiar el proceso de creación de los sistemas flexivos, el autor intenta penetrar en algunos puntos del sistema lingüístico del indoeuropeo preflexional. Y así encuentra que en la etapa preflexiva existen dos clases de palabras, o mejor dicho de raíces (nominal-verbales y pronominal-adverbiales) distintas tanto por su forma como por su función. En lo que a la forma se refiere, las raíces pronominal-adverbiales cuentan con un sistema fonológico especial, lo que se compagina bien con su carácter expresivo: alternan sin aparente valor distintivo sordas y sonoras (o aspiradas), vocales largas y breves, presencia o ausencia de vocal, no existen fonemas laringales, carecen de vigencia las leyes del equilibrio silábico, etc. Igualmente presentan funciones distintas de las nominal-verbales: se utilizan para establecer precisiones locales y temporales y a partir de esas funciones han quedado posteriormente funcionando como ciertos componentes de las desinencias (la *-i* de tiempos primarios), o han dado lugar a las raíces de los pronombres personales, o aparecen como adverbios, preposiciones y partículas.

También en la etapa preflexional, dentro ya de las raíces nominal-verbales se utilizaría la oposición de la alternancia *e/o* para marcar verbo frente a nombre; el esquema vocálico cero/pleno sería el propio de las palabras con función determinante, mientras que el pleno/cero correspondería a las determinadas. La acentuación final sería también característico de los determinantes, en redundancia con el esquema vocálico. Las raíces nominal-verbales tendrían varios esquemas posibles sin estar uniformemente sometidas al sistema trilitero de Benveniste.

A partir de la etapa preflexional se pasa, como hemos dicho, paulatinamente, a la flexional. En la creación de las categorías flexivas, el núcleo más antiguo abarca a todo el grupo lingüístico indoeuropeo: genitivo, acusativo, nominativo y dativo en el sustantivo, desinencias personales (no en todo el detalle que presentan ciertas áreas dialectales), oposición presente/pasado mediante desinencias, etcétera, en el verbo. Igualmente pertenece al núcleo más antiguo el desarrollo del plural en ciertos casos (nominativo, acusativo, quizás genitivo), siendo en cambio el resto del plural y en general el dual de fecha más reciente, y no participando ya de él diversos grupos dialectales. La flexión de los pronombres es también más reciente en su comienzo que la del sustantivo y verbo, presentando de hecho más variedades locales. Esos pronombres flexionados de las lenguas históricas son una de las categorías en que se encuentran las raíces pronominal-adverbiales de la etapa preflexional.

En cuanto al método que utiliza el autor, es el mismo ya utilizado por el propio Adrados en monografías anteriores, así como por sus discípulos. Consiste en una aplicación de la reconstrucción interna, ayudada de una concepción estructural de la lengua. Bien es verdad que otro tanto puede decirse del método empleado por otros lingüistas como por ejemplo Kuryłowicz. Sin embargo, entre el método utilizado por el lingüista polaco y el puesto a punto por Adrados no hay demasiadas coincidencias fuera de esa intención general, así como tampoco las hay prácticamente en los resultados. Adrados parte de la idea de que los significantes que en época histórica aparecen ligados a la expresión de las distintas categorías no tienen por qué estar semánticamente ligados a esa noción desde su origen: es decir, que si el sufijo *-e* aparece utilizado como la expresión del subjuntivo no es necesariamente porque en ese elemento *-ē*, antes de su

conversión en sufijo de subjuntivo, hubiera algún valor semántico especial que lo hiciera relacionar necesariamente con esa categoría. Evidentemente ese caso puede darse, y de hecho el autor lo admite en determinadas ocasiones como por ejemplo en la *-i* que caracteriza la serie primaria de las desinencias verbales, relacionable con el deictico correspondiente. Pero no parece que sea el sistema más frecuente en el desarrollo de los sistemas morfológicos indoeuropeos. Lo más frecuente parece haber sido por el contrario que una serie de alargamientos sin ningún valor relacionable con el que luego presentan en los sistemas morfológicos, se morfologicen en una o varias funciones, dependiendo del contexto opositivo en que se encuadren. En algunas ocasiones ese proceso de morfologización se ve inducido por el valor de la raíz en la que aparecía el sufijo (así el femenino en *-ā*, como viera ya el propio Brugmann): entonces tenemos un caso de infección. Pero en otras ocasiones, que con los datos de que disponemos resultan las más frecuentes, no ha intervenido ningún proceso de infección, sino que simplemente se han aprovechado formaciones distintas, alargamientos distintos, para crear nuevas oposiciones de significado. En este caso, un mismo elemento, al no estar en su origen dotado de una carga semántica que lo condicione, ha podido integrarse en varios sistemas opositivos, adquiriendo así funciones diversas. De hecho encontramos un mismo elemento, concretamente *e/o*, funcionando como característica de masculino en la flexión nominal en oposición al femenino en *ā*, mientras que en el verbo expresa el indicativo frente a un subjuntivo con otra formación, o por el contrario expresa el subjuntivo frente a un indicativo atemático. O encontramos *ē* marcando el subjuntivo en las oposiciones de modo, y marcando valor de estado frente a un verbo neutro de otra formación.

La teoría laringal expuesta por el autor en obras anteriores resulta de gran productividad en la reconstrucción del proceso de desarrollo de los sistemas flexivos. Sin embargo, sólo una pequeña parte del conjunto de la obra queda afectada por dicha hipótesis, ya que existen multitud de categorías en las que para nada intervienen dichos fonemas, y cuya historia y proceso de formación y creación pueden perfectamente trazarse sin la ayuda de esa ni de cualquier otra teoría laringal.

Los sistemas morfológicos, como ya hemos visto, son el resultado de un largo y complejo proceso. No todos sus puntos tienen la misma antigüedad, ni la misma difusión dialectal. En consecuencia el establecimiento de distintos niveles sincrónicos en la historia de los sistemas flexivos, tal como los establece el autor, aportan nuevos datos utilizables en el estudio de la dialectalización del área lingüística indoeuropea. Con esos criterios apunta Adrados algunas conexiones dialectales ya vistas por otros indogermanistas que aplicaban otros criterios: existen dos núcleos dialectales básicos, el occidental de tipo arcaizante, y el indogriego (que incluye el aimenio) de carácter innovador. Las isoglosas que escinden ambos bloques no tienen límites constantes, pasando a veces por el eslavo o el báltico por un lado o incluso llegando más lejos hacia occidente, y en otras pasando por el tocario e incluso el latín. Por otra parte, acepta la temprana separación del hetita, que se ve en consecuencia privado de una serie de ondas innovadoras que afectan al resto del territorio: creación del femenino, desarrollo de una flexión verbal varios temas, etc.

El pero que sin duda pondrá más de uno a esta obra es la falta de polémica cuando se aportan doctrinas o soluciones nuevas, así como la ausencia de refe-

rencias sistemáticas a las fuentes bibliográficas. El autor justifica esas ausencias como imperativos, por una parte, de la brevedad, y por otra, del carácter de manual que ha pretendido dar a la obra.

F. VILLAR

III LITERATURA, HISTORIA Y FILOSOFÍA

DIETRICH, B. C.—*The Origin of Greek Religion*. Berlín, de Gruyter, 1973. 345 pp.

Libro interesante éste de Dietrich sobre los orígenes de la religión griega, tema sobre el que a nuestros datos de partida han aumentado considerablemente desde los tiempos de Nilsson —cuyas intuiciones continúan, por lo demás, siendo válidas en una gran medida.

Pero hoy, como indicamos, contamos con datos nuevos tan valiosos como es un mejor conocimiento de las religiones del área mesopotámica, una exploración arqueológica más detenida de Creta, Grecia continental y Asia Menor (hallazgos de Çatal Hüyük y Haçilar, sobre todo), así como los textos micénicos. Todo esto abre vastas perspectivas. Lástima que al autor no le hayan llegado a tiempo otros datos más: los hallazgos de Tera, las nuevas dataciones de las culturas neolíticas y calcolíticas de los Balcanes y Rusia Occidental con ayuda del carbono 14, las nuevas interpretaciones de los textos micénicos (el autor se apoya sobre todo en *Documents* y en Palmer). Aun así, se logra una perspectiva muy clara sobre los orígenes de la religión griega.

La relación de divinidades y héroes griegos pertenecientes a la religión agraria, esto es, al ciclo de la muerte y renacimiento de la fecundidad y de la vida, con sus contrafiguras asiáticas, resulta más evidente que nunca. Sobre la dependencia de Asia de los mitos cosmogónicos griegos (en Hesíodo, etc.), se insiste también, así como sobre el influjo de las mitologías orientales en la organización del panteón griego.

Mucha novedad tiene, en el detalle, la exposición de las relaciones de cultos y tradiciones minoicas con el mundo anatolio. Los hallazgos de Çatal Hüyük, sobre todo, han dado por fin base firme a la interpretación dentro de esa religión naturalista de representaciones como los dobles cuernos, la abeja, la mariposa o la cisálida, que aparecen en Anatolia mucho antes que en Creta y en contextos mucho más claros. En ambos lugares se echa de ver que las ofrendas a los dioses y a los muertos son semejantes, y semejantes o idénticos los objetos depositados en santuarios y tumbas que, por otra parte, con frecuencia están en el mismo recinto. Unido esto a una cierta falta de respeto a los restos de los muertos (igual ocurre en la Grecia micénica), parece deducirse que no es en la inmortalidad del alma, sino en una renovación cíclica de la vida, en lo que se creía.

Se aportan también datos sobre otros temas importantes, como el traslado del culto de cuevas a santuarios dentro del palacio, que hoy conocemos no sólo en la Creta minoica, sino también en el mundo micénico, en Micenas, por ejemplo. Es notable la continuación del culto a las estalactitas y otros hechos de continuidad. El centro de este culto está en la diosa de la naturaleza, transformada a

veces en diosa del palacio; la figura del dios joven, su compañero, es secundaria, aunque haya dado base para su fusión con el Zeus indoeuropeo. En lo que nuestros datos continúan siendo escasos (con excepción de Amnisos) es en la identificación de una cueva o palacio con un nombre posterior. Pero es claro que las distintas diosas son variantes de un mismo tipo antiguo y que luego se produce un proceso de especialización en varios sentidos.

Como decíamos al comienzo, la falta de ciertos datos puede perjudicar al planteamiento de conjunto, que podría ser más preciso. De un lado, el libro de Marija Gimbutas, *The Gods and Goddesses of Old Europe* (Londres, 1974) hace ver que el neolítico del S. E. europeo es tan antiguo como la cultura anatólica de Çatal Hüyük, precedente de la minoica. Hallamos en él, en el 5.º milenio a. C., los mismos elementos religiosos: la diosa con sus epifanías teriomórficas, relacionada igual que en Anatolia y Creta con la fecundidad y el alumbramiento; los símbolos de la mariposa, la abeja, la crisálida; el dios varón, itifálico con frecuencia. Es decir, todo este fondo religioso no es seguro que proceda exactamente de Mesopotamia: es, sencillamente, la cultura de la Europa preindoeuropea, que culmina en Creta y se trasluce también en numerosos dioses griegos.

Hay, ciertamente, una gran comunidad de elementos con Mesopotamia, pero no es clara la relación. Sin negar su influjo indirecto en la Grecia del segundo milenio, que es seguro, parece que la cultura preindoeuropea de Grecia era más bien del tipo de la europea, anatólica y minoica.

Algo parecido hay que decir respecto a la interpretación por Dietrich de la religión micénica a partir de las tablillas. Sus ideas son generalmente correctas: la comparación del carácter semidivino del rey, de la organización de su palacio y tierras, etc. con lo que sabemos de Sumeria y las culturas que la sucedieron, es acertada. Pero creemos que, de un lado, se puede ir más lejos en el detalle de la interpretación de la burocracia entre regia y religiosa de los reinos micénicos: hemos apuntado cosas en este sentido en trabajos que el autor desconoce. De otra parte, hay huellas claras de que la religión de las tablillas no es toda la religión micénica, es un aspecto de ella sometido a un rígido control, a una deformación oficial, diríamos.

Por lo demás, Dietrich establece lazos muy sólidos entre religión minoica y micénica: sin negar que hay influencias recíprocas y que hay elementos nuevos en los reinos micénicos (edificios de culto independientes del palacio, ofrendas y vasos en parte diferentes, mayor importancia de los dioses masculinos), tiende a considerar en líneas generales la religión micénica como derivada de la minoica, igual que ésta de la oriental. Fundamentalmente, nuestros datos (de las tablillas y algunos arqueológicos, cf. p. 175) apoyan el conocimiento de diosas que especializan la antigua diosa de la naturaleza y su variante la diosa del palacio; y dioses que son derivados, fundamentalmente, del *páredros* de la diosa. Siendo esto cierto, habría que discutir si los orígenes son minoicos o si las más antiguas raíces están en las culturas preindoeuropeas de la Grecia propia, como hemos apuntado: culturas que culminaron en Creta, pero que no sólo allí existieron. Por otra parte, hay hechos religiosos nuevos que nos son conocidos para esta época, más que por las tablillas, por Homero y diversas sobrevivencias: cultos de dioses colectivos, de héroes, etc., que no es fácil, hoy por hoy, poner en relación con la religión minoica. Estos aspectos de la religión griega arcaica son poco atendidos por el libro. Más que innovaciones griegas (cf. p. 161) representan,

seguramente, hechos de clasificación griegos, ya que la figura del héroe es del tipo de la del dios oriental que nace y muere.

En cambio, el libro ofrece una recogida muy útil de datos arqueológicos en el sentido de afirmar que la ruptura o discontinuidad cultural y cultural en la llamada «Edad Media griega» es menor de lo que se piensa. Se nos muestra la continuidad del culto en muchos lugares y la probabilidad, en algunos, de que la continuidad sea del culto de los mismos dioses.

Y se hace ver que no existe innovación cultural alguna atribuible a los dorios: siempre hay precedentes anteriores (de la cremación, por ejemplo). Dorios y micénicos debieron de vivir juntos durante siglos antes de llegarse al *status* de la Grecia arcaica. Véase, en este mismo sentido, mi artículo sobre el origen de los dialectos griegos en este volumen, p. 245 ss. Así, el libro de Dietrich tiende a sentar la continuidad de la tradición religiosa desde Mesopotamia y los hetitas a la Creta minoica, la Grecia micénica y la Grecia arcaica: siempre en torno a una religión agraria centrada en el culto de la diosa de la fecundidad y el alumbramiento de su hijo y amante. La aportación de la religión griega consiste en adicionar algunos elementos indoeuropeos y, sobre todo, en especializar los dioses y sus funciones. Hay mucho de verdad en todo esto, muchos datos y observaciones que enriquecen nuestro conocimiento. Pero tal vez sea una visión demasiado simple y convenga atender, al tiempo, a otros factores que apuntamos: la tradición preindoeuropea dentro de Grecia, aspectos menos atendidos de la religión griega, datos derivados de un estudio más profundizado de las tablillas. En todo caso, este libro hace ver, de un lado, cuánto ha progresado nuestro conocimiento gracias a los nuevos datos; de otro, cuán fina era la intuición de un Nilsson y de otros arqueólogos e historiadores que anticiparon parte de este cuadro.

FRANCISCO R. ADRADOS

GIL, L.—*Transmisión mítica* (Col. Ensayos Planeta de Historia y Humanidades). Barcelona, 1975. 227 pp.

Según el propio autor, una colección de *Gesammelte Schriften* tiene «cierto aire de congerie o mortuorio túmulo levantado sobre la memoria de un escritor». Pero cuando la recogida y reedición de trabajos anteriores se hace en vida del erudito, como en el presente caso, ello supone el espaldarazo del público y la crítica a una labor meritoria, desperdigada antes en retazos, recogida ahora en manejable bloque.

Desde hace años, especialmente por el impacto mundial de la obra de C. Lévi-Strauss, los estudios sobre el mito atraen la atención de científicos y humanistas. El libro que presentamos es una aportación notable a estos estudios por un filólogo que conoce como pocos el mundo griego.

Con notable maestría del lenguaje castellano, que transforma la lectura del ensayo, preñado de profundidad, en placer agradabilísimo, el autor nos introduce, en su prólogo, en la problemática de la transmisión mítica. Nos explica las características peculiares del mito griego —que hacen de su conjunto un fenómeno *sui generis*—, sus connotaciones peculiares de tipificación, intemporalidad y recurrencia, y nos ilumina el porqué del atractivo que, aun hoy, siguen ejerciendo

esas viejas sagas. Es notable, en estas páginas, la discreta pero decidida postura antagónica que adopta el autor frente a los tiránicos dogmas de una interpretación estructuralista a machamartillo. La carga mitopoética, opina, del relato legendario provoca una reencarnación de sí mismo que podría parecer sorprendente. «Lo que el estructuralista, hipostasiando el mito, consideraría resultado de una evolución interna, en realidad no es sino la culminación de un proceso de creatividad imaginativa provocado por la descarga de un estímulo de alta tensión poética».

Los capítulos del libro son los siguientes: Mito griego y teatro contemporáneo; Antígona o la «areté» política. Dos enfoques: Sólocles y Anouilh; Divagaciones en torno al mito de Theut y de Thamus; Orfeo y Eurídice (versiones antiguas y modernas de una vieja leyenda); Menandro hoy. En todos ellos el autor señala con especial afecto las concomitancias espirituales del mundo antiguo con el nuestro. En especial el último artículo analiza un proceso de «desmitificación-mitificación» (tan actual hoy, por ejemplo con la «desmitologización» del cristianismo de R. Bultman) y las apasionadas réplicas que suscita, o con la creación constante por los medios de comunicación de nuevos «ídolos-mitos» que muestra sorprendentes analogías con ciertos fenómenos de nuestros días.

Por todo ello, el lector encuentra en esta *Transmisión mítica* algo más de lo que el mero título sugiere: una constante referencia a problemas y ansias de nuestro vivir actual reflejados en el nítido espejo de lo mítico. Halla el magisterio siempre perenne de la reflexión humanística sobre los constantes universales humanos que los griegos se adelantaron a plasmar en sus sagas.

Pero si tuviéramos que recomendar con especial interés algún otro capítulo al lector desorientado insistiríamos con gusto en el que lleva el título más oscuro a primera vista para el no iniciado: «Las divagaciones en torno al mito de Theuth y Thamus». Aquí el ensayista nos invita a meditar sobre graves aspectos de nuestra actualidad educativa española, en particular sobre la desaparición progresiva de la figura del hombre formado armónicamente, de la ausencia de humanistas, de la falta de equilibrio ante una arrolladora invasión de los medios audiovisuales, de la sana conjunción de la cultura literaria con el diálogo fecundo entre maestro y discípulo.

En resumen, un libro agradable, profundo, estimulante. Ojalá que la brillante generación de humanistas españoles actuales pueda hacer accesible al gran público, como lo logra el presente ensayo, su enorme riqueza interior, encerrada muchas veces en libros esotéricos de escasa circulación o reservada al escaso número de sus alumnos.

ANTONIO PIÑERO-SÁENZ

BRACCESI, L.—*Grecità Adriatica. Un capitolo della colonizzazione greca in Occidente*.
Bologna, Editr. R. Pàtron, 1971. 264 pp., 4 mapas.

No le falta razón al autor cuando, al iniciar su trabajo, se duele de la mínima atención que los estudiosos de la civilización antigua han prestado a los problemas referentes a las áreas marginales de la periferia mediterránea. Por ello Braccesi se ha propuesto investigar los aspectos de la penetración cultural y económica de los griegos en las costas del Adriático, más allá de lo que el subtítulo

«colonización» podría hacernos pensar en un principio, con la intención de lograr una síntesis capaz de poner en relación la historia del comercio griego —y en especial ateniense y siciliano— con las principales regiones ribereñas del Adriático. El auge de las excavaciones italianas y yugoslavas en ambas costas, y el conocimiento de nuevos datos documentales y arqueológicos o la reinterpretación de otros anteriores sobre la expansión griega por el Mediterráneo y la política externa de algunos de sus principales centros, le han permitido ofrecernos un cuadro verdaderamente sugestivo y sobriamente planteado, que necesitaba de un detenido estudio desde el ya lejano artículo de R. L. Beaumont, «Greek Influence in the Adriatic Sea before the Fourth Century B. C.», *JHS* 61, 1936, y el trabajo de D. Rendič-Miočević, *I Greci in Adriatico*, en *Studi Archeologici Riminesi*, Faenza, 1964.

En la primera parte del libro evoca Braccisi los testimonios de las fuentes acerca de una época de precolonización, según la conocida idea de J. Bérard, ligada a la dispersión de los pueblos del mar y a la penetración en la península italiana de determinados elementos étnicos de origen egeo, hipótesis que no parece, en verdad, muy firmemente apoyada por los datos arqueológicos. Lo mismo ocurre con la noticia de Estrabón acerca de la navegación rodia en fecha anterior a la reorganización de los Juegos Olímpicos, de la que se puede dudar por el momento a la vista de los resultados obtenidos en las precarias excavaciones de Rhode (Rosas), en el norte de Cataluña (vid. J. Maluquer, *Zephyrus* 14, 1963; *Revista de Gerona* 11, 1965; M. Tarradell, *ibidem.* 11, 1965). Más seguro es, en cambio, el análisis del testimonio de Heródoto y de la serie de topónimos con sufijo *-ous(s)a* para concluir que quizá los focenses se interesaron a finales del siglo VII a. C. en la zona adriática de manera incidental, explorando la ruta costera itálica hasta el delta del Po y el territorio véneto, pero sin fijar escalas ni detenerse allí definitivamente por alguna razón que desconocemos.

Con la fundación de Epidamno y Apolonia se inicia, a finales del siglo VII o comienzos del VI a. C., la etapa colonial propiamente dicha, en la que fueron protagonistas Corinto y Corcira. El carácter estrictamente económico de ambos asentamientos, que permitieron canalizar la plata de las regiones ilirias del Sur hacia los centros metropolitanos de acuñación monetaria, parece fuera de toda duda y fue causa de no pocos conflictos de intereses entre corintios y corcirenses ya desde los primeros momentos. Muy interesante resulta la comprobación del auge que adquieren los centros de Adria y Spina desde finales del siglo VI y durante todo el V a. C. a raíz del comercio con el mercado ateniense. En efecto, los productos de Atenas, en particular la cerámica, sustituyen a los corintios a partir de estas fechas, y yo me inclinaría a ponerlo en relación por un lado con la expansión que sigue a la caída de los Pisistrátidas, coincidiendo con las primeras cleruquías, y por otro con la recesión absoluta del comercio etrusco-cartaginés en el Mediterráneo occidental, que culmina con el desastre de Cumas en 474 a. C. El centro de atención económica de las ciudades etruscas parece así dirigirse hacia los puertos del Adriático, aunque desconocemos los elementos básicos en la relación de intercambio entre Italia y Atenas por esta vía. La idea de que el trigo del Po pudo ser una de las causas principales de este tráfico se hallaría justificada, desde luego, hasta bien avanzado el siglo V a. C., pero sin duda la serie de simples *emporía* en ambas costas, desde Euaea hasta Epidamno y los de la región picentina, con centro en Ancona, debieron servir de escala para el tráfico de algunos otros productos.

La parte dedicada a la obra colonizadora de Dionisio I de Siracusa en la primera mitad del siglo IV a. C. nos descubre nuevas perspectivas sobre la política adriática del tirano, que aprovechó estratégicamente los enclaves ya existentes para debilitar el poder ofensivo de sus enemigos, aprovisionarse de cereales, madera y metales, desterrar a sus opositores políticos y estabilizar en las explotaciones agrícolas coloniales a grupos de mercenarios licenciados, que estuvieron a su servicio. El control sobre estos establecimientos —cuyo número aumentó por obra de Dionisio II— variaba desde una estrecha administración hasta una relativa autonomía, que se mantuvo de hecho, sobre todo en el campo económico, cuando el fin de la tiranía siracusana dio paso a una época de influencias muy diversas. El Adriático y sus emplazamientos de la costa fueron objeto de la atención de Alejandro, a través del rey del Epiro; Atenas proyectó fundar una colonia en algún lugar del Adriático (vid. el decreto en Syll.³ 305), aunque la decisión nunca se llevó a la práctica; la zona fluctuó, por último, entre las ambiciones de los reyes del Epiro y de Macedonia y la codicia de Roma al iniciar sus relaciones con el mundo helenístico.

Las colonias de Issa y Faro siguieron desarrollando todavía una labor activa, en especial la primera mediante la fundación de algunos emporios, desde finales del siglo IV (Corcira Melaina; vid. Syll.³ 141) hasta el III a. c. (Tragurio, Epectio), como salida a sus principales productos artesanales; por este sistema logró sobrevivir hasta dos siglos más tarde. Con respecto a Faro el autor examina el decreto magistralmente estudiado por L. Robert, fechándolo hacia el final del siglo III, para destacar la estrecha colaboración que todavía existía entre la colonia y su metrópolis en plena época helenística. Cuatro mapas y dos índices completan esta obra original e interesante, que sabe atraer nuestra atención hacia la historia de la colonización de un territorio mediterráneo no muy bien conocido hasta el momento. Nos hubiera gustado ver tratados algunos de los problemas de interacción entre las colonias griegas y los establecimientos indígenas, así como sus recíprocas relaciones, en el sentido que ha apuntado Alexandra Wasowicz, «A l'époque grecque: le peuplement des côtes de la Mer Noire et de la Gaule méridionale», *Annales (ESC)* 21, núm. 3, 1966, p. 556. Algunos de estos aspectos, sin embargo, pueden consultarse ahora en la serie de trabajos presentados al Symposium de «Prehistoria del litoral oriental del Adriático y colonización griega del Adriático» que se celebró en Hvar en octubre de 1968 y que, con sensible retraso, se han publicado en *Vjesnik za Archeologiju i Historiju Dalmatinsku* 68, 1966 (apareció en 1973; son de interés los trabajos de D. V. Blavatski, L. Braccesi, B. Gabričević, K. Kilian, G. A. Mansuelli, M. Nikolanci, G. Novak, D. Rendić-Miočević, M. Suić y M. Zaninović); otra parte de las comunicaciones a este congreso se hallan en *Adriatica Praehistorica et Antiqua. Miscellanea G. Novak dicata*.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

GUILLÉN, LUIS F.—*Píndaro. Estructura y resortes del quehacer poético*. Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 1975. 344 pp.

Sin duda el autor se incluye entre esos «poetas y no poetas que se han sentido irresistiblemente atraídos por el misterio de la dicción pindárica», y este libro es el resultado de ceder a esa «tentación irresistible de acercarse a las fuentes

mismas de su poetizar», como él mismo confiesa. La exégesis de un poeta es difícil, y mucho más cuando el estudioso intenta penetrar en los entresijos de su «quehacer poético» y el poeta en cuestión es el arcaico Píndaro. L. Guillén es consciente de tales dificultades y repetidamente nos lo advierte, con cauta y sincera modestia, exponiendo sus conclusiones como aproximaciones a ese «misterio poético». Para aproximarse ha intentado prescindir de las intuiciones o los comentarios estilísticos de carácter personal o filosófico, y buscar un método más objetivo en un análisis semántico estructural de los términos fundamentales de la poética pindárica. Análisis estructural que tiene una notable flexibilidad, en parte debida a que, como es bien sabido, los términos léxicos forman una serie abierta de oposiciones, y además a que el «corpus» manejado es el reducido de las poesías conservadas de Píndaro, cuyo lenguaje tiene mucho de personal.

Por otra parte L. Guillén no es un frío estructuralista, sino que tiene que reírenar muchas veces en su comentario la fluidez de su pluma, apasionado por la temática, y en su cálido estilo desborda el rigor metódico del análisis estructural. Por otra parte, este cálido estilo hace amena y grata la exposición. El trabajo está metódicamente en la línea de algunos ensayos de F. R. Adrados, y su autor agradece en las primeras páginas las orientaciones de éste y de M. Fernández Galiano, que dirigió esta disertación como tesis universitaria.

El libro está bien estructurado en siete capítulos, seguido de unas «conclusiones», una nota bibliográfica y un índice de los términos comentados. La actividad poética como sonido, como *oidá*, como elaboración artística, como *lógos*, como acción religiosa, y como dinamismo, son los títulos de los seis capítulos centrales, mientras el primero se dedica a la exposición del método y al final las páginas de las conclusiones exponen de modo sucinto los datos más notables del análisis realizado. Distintos puntos de arranque y un método común: el de confrontar los distintos vocablos usados por el poeta, contrastados en su posible oposición léxica y referidos a sus respectivos contextos, para resaltar luego las denotaciones y sobre todos las connotaciones que los términos adquieren en su realización poética. Ese mundo de colorido, luz y música de las odas pindáricas se deja estudiar bien con esta metodología lingüística-filológica que no cae en un excesivo esquematismo. En su enfoque el profesor Guillén no parte de cero, naturalmente. Al anotar sus conclusiones, cita con oportunidad y tiene en cuenta los comentarios de los más prestigiosos filólogos clásicos, y es fácil adivinar sus preferencias (Bowra y Duchemin son más citados que H. Fraenkel y Schadewaldt).

Algunos de sus análisis son muy completos y con su minucioso examen nos dan información muy interesante. Así, por ejemplo, está muy logrado el estudio de *oidá* (con la oposición a *mélos*, *hymnos*, etc.). «En el centro del *métier* pindárico se descubre la *oidá* como una oleada sonora que brota del fondo más íntimo del poeta», etc. (p. 100), comenta con ese cálido estilo que acompaña a un largo y claro análisis.

En algunos puntos concretos podemos disentir: por ejemplo, no habríamos incluido $\gamma\lambda\omega\sigma\sigma\alpha$ entre los términos de sonido, como aquí se hace en p. 37 y 42-44. La calificación de «místico» aplicada al carácter religioso e inspirado de un poeta como Píndaro, me parece ambigua. Conviene usar ese término en un sentido más estricto, y entonces creo que difícilmente es aplicable a un poeta por el hecho de que éste se sienta en contacto o dependiente de la divinidad. Algunas

expresiones, como el llamar a la Musa «nuestra madre» pueden tener sentido más metafórico y tópico que el literal que aquí se acepta. Esto es opinable como algunos otros puntos. En conjunto el capítulo dedicado al «dinamismo» de la poesía de Píndaro me parece un tanto decepcionante; y no tanto porque no comparta el punto de vista del autor de que Píndaro no es un poeta tan estético como afirman la mayoría de comentaristas; sino porque creo que la analogía entre el atleta y el poeta no subraya bien esa dinamicidad.

La lectura de esta obra deja muy amable regusto. Bien cumple el objetivo propuesto: un acercamiento a la urdimbre del poetizar de Píndaro, *sophós* en el doble sentido de técnico consciente de su hacer y de sabio inspirado por la divinidad. Con este estudio hemos avanzado por ese arduo camino del análisis estilístico, y con un método más seguro que la intuición subjetiva.

La bibliografía es pertinente y está bien utilizada con las bien explicables preferencias por ciertos autores. Pensamos que le habría sido útil al autor conocer además el libro de M. Detiënne, *Les maîtres de vérité dans la Grèce archaïque*, París, 1967, que en páginas muy brillantes toca un tema aquí rozado: la relación entre la poesía, la memoria poética y la verdad, ἀλήθεια, desvelada por el canto sabio y justo del poeta.

C. GARCÍA GUAL

VINTRÓ, EULALIA.—*Hipócrates y la nosología hipocrática*, Colección Convivium, 14. Ediciones Ariel. Barcelona, 1973. 293 pp.

El libro consta de una introducción, más dos partes y una bibliografía.

En la Introducción —pp. 19-26— nos expone la autora los límites de su obra: «decidí, apoyada en el criterio de autoridad de la filología antigua y moderna, concretar el análisis de la nosología a una decena de obras, ocho de las cuales son reconocidas como auténticas por la mayoría de comentaristas, gozando las dos restantes de menor asenso, si bien su contenido y orientación coinciden plenamente, a mi entender, con el núcleo fundamental» (p. 23).

El método seguido consiste en: «lectura atenta, minuciosa y objetiva de los textos a fin de extraer de ellos y sólo de ellos las normas, los criterios y las teorías científicas» (p. 24). Advierte la «novedad que supone el capítulo dedicado a la nomenclatura patológica» y «el carácter novedoso... de la serie de términos terapéuticos ordenados alfabéticamente». Habla de las diversas dificultades que hubo de superar para realizar su trabajo.

En el capítulo I, dedicado a la vida de Hipócrates, estudia los testimonios y vidas.

Consagra el capítulo II a la colección hipocrática. A propósito de la fecha de composición examina las cronologías que proponen Jones (450-350 a. C.), Bourgey (440-350 a. C.), Fredrich (siglo V o comienzos del IV), Littré (430-300 a. C.) y se inclina por la de Bourgey. Pasa a estudiar la formación y transmisión de los escritos hipocráticos, partiendo de los testimonios antiguos. Saca como conclusiones:

1. No existió una agrupación de los tratados hasta la época inmediatamente posterior a la fundación de la Biblioteca de Alejandría.

2. Los tratados de medicina entre el momento de su redacción y su llegada a Alejandría, pasaron más de un siglo desperdigados y fueron conocidos sólo por una minoría de estudiosos.

3. No ha existido jamás, ni antes ni después de la recopilación alejandrina, un orden riguroso y universalmente admitido. Los catálogos ofrecen desde siempre numerosas vacilaciones.

4. Se han perdido muchos libros en el curso de este lento y oscuro período de tiempo (p. 66).

Dedica tres páginas (70-72) a la literatura médica griega en la antigüedad, concluyendo que lo que nos ha llegado es una pequeña parte de la que floreció durante los siglos V y IV, tal como se desprende de evidencias externas —autores más o menos contemporáneos y, por otra parte Galeno— e internas —citas de los médicos referentes a escritos que han desaparecido para nosotros y a los once tratados que nos han llegado mutilados—. Viene, a continuación, un apartado en el que considera la diversidad de los escritos hipocráticos desde un punto de vista literario, insistiendo en las notables divergencias en cuanto a perfección, esmero y estilo de unos tratados a otros. Dice también unas palabras sobre la peculiaridad dialectal jónica y la tradición manuscrita del *C. H.*

En el capítulo III estudia la cuestión hipocrática: «atribución de los diversos tratados a la figura histórica que ha dado su nombre genérico al Corpus». Habla de tres tipos de clasificación, según se basen en el contenido, en la escuela o en el autor. Menciona la clasificación de Erotiano, Galeno y otros. Repara dentro del siglo XIX en Littré, sobre todo, y en Friedrich. Habla de cómo en el XX hay tres autores dotados de «prudente optimismo» a la hora de atribuir a Hipócrates ciertos tratados: Deichgräber, Pohlenz y Nestle, y otro, Edelstein, caracterizado por un «agnosticismo exacerbado». Más tarde, Bourgey estudió la colección hipocrática desde el punto de vista de la escuela: médicos teóricos, empíricos de Cnido y los de Cos, hombres de espíritu positivo. Ofrece los textos —original y traducción— del *Fedro* (270 a-d) y del *Anonymus Londinensis* (edición de Jones, pp. 34-38). «La diferencia entre un texto y otro es palmaria. Platón habla de metodología, el *Anonymus* de etiología, un capítulo mucho más concreto de la nosología del *C. H.* En principio los puntos de contacto entre el papiro y el tratado sobre los *Vientos* son innegables, pero un análisis más profundo abre serias ranuras en el frágil edificio de las semejanzas.»

Nos dice la autora que para «establecer... las leyes generales de la doctrina nosológica de Hipócrates, señalando lo que de innovación representaron en su momento histórico y la influencia que ejercieron tanto en el meollo del *C. H.*, como en las escuelas médicas posteriores», y partiendo del «general consenso» y de la «ideología concreta relacionable con los dos textos» antes mencionados, se ciñe al estudio de *Antigua medicina, Aires, aguas, lugares, Pronóstico, Régimen de las enfermedades agudas, Epidemias I y III, Fracturas, Articulaciones, Aforismos*. También podrían incluirse: *Naturaleza del hombre y Enfermedad sagrada*.

Toda la segunda parte del libro, dividida en ocho capítulos, está dedicada a la nosología hipocrática (pp. 97-283). El primer capítulo es una exposición de los conceptos básicos de tal nosología: enfermedad (νοῦσος), salud (ὑγιείη), medicina (τέχνη ἰατρική), médico (ἰατρός) y enfermo (ὁ νοσέων). La enfermedad es considerada por los hipocráticos como el desequilibrio de las cualidades humorales del cuerpo. La medicina, según Hipócrates, es un arte que se apoya

en tres factores: enfermedad, enfermo y médico. Su origen es dietético, pero «Hipócrates descubrió ya las dos orientaciones de la investigación médica: la curativa y la preventiva».

El capítulo segundo nos informa de las 42 descripciones o historias clínicas que encierran los libros *Epidemias I y III*. Repara la autora en la ausencia de anamnesis en las historias, así como en la omisión del tratamiento en la mayoría de ellas. Habla de enfermedades cortas (las que duran hasta 10 días), medias (hasta 20 y 40) y largas (hasta 80 y 120), concluyendo que: predominan absolutamente las enfermedades cortas (16); relativamente las medias (20); escasean las largas (5); la letalidad de las enfermedades cortas es 12/4; cierta ventaja de curación en las enfermedades largas (2/3). Por otra parte, respecto a la influencia de los días pares e impares en la resolución de las enfermedades advierte: un ligero predominio de casos en días pares (23/18); letalidad en días impares (13/5); curación en días pares, con cierta ventaja (11,12). Expone por orden de frecuencia los síntomas de las 42 historias clínicas, ofreciendo después una traducción de cuatro de ellas.

Estudia en el capítulo III el curso de la enfermedad. «Todo proceso morboso tiene un comienzo, una etapa más o menos larga de desarrollo hasta llegar al acmé o punto culminante y un término, sea positivo, sea negativo». Se interesa por una serie de conceptos: cocción (πέψις), crisis (κρίσις), días críticos (ἡμέρη κρίσιμη), recidivas (ὑποστροφή), exacerbaciones (παροξυσμός), depósitos (ἀπόστασις, ὑπόστασις), cambios o mutaciones de enfermedades (μετάστασις, διαλλάσσειν).

El siguiente capítulo se reserva para la nomenclatura patológica empleada en los tratados objeto de estudio. Surgen aquí muchas dificultades: por la imprecisión de los vocablos griegos; por la carencia de términos para designar afecciones concretas; por la homonimia. La autora aporta un glosario de enfermedades con el nombre griego y español. Después sintetiza en catorce apartados las 118 afecciones encontradas.

El diagnóstico y el pronóstico son estudiados en el capítulo V. El pronóstico tiene varias etapas; por su lado, «el diagnóstico sólo fue una fase, la intermedia, de la prógnosis», se nos dice. El campo de acción del diagnóstico «se circunscribe a la fase de observación del enfermo». «Podríamos decir que es el eje motor de la predicción». Viene, en seguida, el examen de la importancia y función del pronóstico hipocrático, visto desde tres planos: el social, el médico y el de la relación médico-enfermo.

El capítulo VI está dedicado al Tratamiento, que «no es otra cosa sino la actividad que el médico desarrolla en la persona del enfermo para devolverle la salud o en la del hombre sano para conservársela». Aparecen en epígrafes las reglas generales y específicas: curar, ser útil o no dañar; vis medicatrix naturae; la diferencia según las constituciones; la comparación con el estado de salud; ...el uso de instrumentos mecánicos; ...el momento oportuno. El tratamiento es dividido en médico (dietética, farmacología, fisioterapia) y quirúrgico (manual e instrumental). Llegando a la conclusión de que «lejos de un empirismo tosco e individualista, la práctica quirúrgica obedece también a las líneas generales del tratamiento y en colaboración con la dietética, la farmacología y la fisioterapia, da un paso más en el largo y difícil sendero de la recuperación morbosa». Se nos ofrece después un vocabulario terapéutico (médico y quirúrgico), advirtiéndonos que «la traducción de varios vocablos ofrece serias dificultades, en especial dentro de la cirugía, por cuanto no se utilizan ya tales aparatos y, por

añadidura, no existe ni tradición textual ni buenos diccionarios». Por último, aparecen unas ilustraciones siguiendo a Vidus Vidius y a Littré, para ayudar a comprender las prácticas quirúrgicas empleadas por Hipócrates para la reducción ósea.

La etiología nos es ofrecida en el capítulo siguiente, que versa también sobre los precedentes etiológicos tal como aparecen en el *Anonymus Londinensis*, según el cual los dos grandes ejes de la etiología hipocrática son el aire y el régimen alimenticio. Repara la autora brevemente en los conceptos de αἰτή y πρόφασις, para decir luego de Hipócrates que «la limitación técnica le llevó a fundamentar su postura en las causas externas y a sugerir unos diágnosos elementos internos, humores u órganos...». «Hipócrates, heredero de una tradición dietética, si Menón no nos engaña, basará la causa morbi en los alimentos, añadiendo como segundo puntal la meteorología». Dedicó a comprobarlo extensos pasajes para detenerse en otras causas: externas (calor, frío, ejercicio y reposo, violencia, exceso, cambio de vida y costumbres), internas (herencia, complexión, edad, humores, enfermedad y lesiones antiguas, la δύναμις, los σχήματα).

El último capítulo se ocupa de la Deontología. Comienza con el texto y una traducción del *Juramento*. Refiriéndose a la ética hipocrática, dice la profesora Vintró que «Hipócrates, y con él la casta médica de los Asclepiadas, se movió a impulsos de la fama, del renombre, del prestigio social, y su normativa revela paso a paso este interés por no perder, por conservar, por adquirir y aumentar su buen nombre entre los ciudadanos». Se refiere a normas éticas con respecto a la tradición, sobre el enfermo, el médico y la Medicina, y nos dice que «el ejercicio de esta profesión lleva implícita la búsqueda y necesidad del reconocimiento público traducido en fama, en prestigio, en honores. «Insiste en que, cuando el médico, por faltar la esperanza en el triunfo decide abstenerse es porque el enfermo sufrirá en vano y el fracaso redundará en desprestigio personal».

El libro acaba con unas páginas de bibliografía selecta (pp. 285-293).

J. A. LÓPEZ FÉREZ

DELLA CORTE, F.—*Opuscula* I, II, III y IV. Università di Genova, Istituto di Filologia Classica e Medioevale. Génova, 1971-73. 240, 295, 212, 336 pp.

El «Istituto di Filologia Classica e Medioevale» de la Universidad de Génova presenta en estos cuatro volúmenes una recolección de un crecido número de trabajos, anteriormente publicados en revistas de Filología en su mayoría, y en número inferior como cortos libros o como parte de obras de tipo diverso (prólogos de ediciones, artículos de homenajes colectivos, etc.), del insigne latinista italiano Francesco della Corte. Y decimos latinista porque, pese a que nuestro autor también ha tocado en más de una ocasión temas griegos, su labor se ha centrado, ante todo, en los estudios latinos, y más concretamente en el campo de la literatura; prueba de ello puede ser el que, de los 75 trabajos incluidos en estos volúmenes, sólo 15 tratan temas griegos.

La finalidad de esta publicación es explicada por Della Corte en el prefacio del volumen I: «A determinare la decisione [de reeditar sus escritos menores] è stata una causa molto piú semplice e modesta: ero rimasto privo di estratti

di molti, forse di quasi tutti i miei articoli. A giovani italiani e stranieri che me ne chiedevano un esemplare era difficile far comprendere che né per avarizia, né per superbia, non ero in grado di soddisfare il loro legítimo, persino benevolente, desiderio». En consecuencia, ofrece esta reedición de los trabajos, tal como fueron publicados por primera vez, y reproducidos en su totalidad anastáticamente.

El conjunto abarca una variopinta producción de casi 40 años, siendo los trabajos más antiguos de 1934, y llegando los más recientes hasta 1972. Por todo ello, resulta empresa más que difícil intentar aquí un análisis detallado de su contenido; empresa innecesaria por otro lado, ya que de su casi totalidad disponemos de los resúmenes contenidos en los volúmenes contemporáneos de *L'année philologique*; además de ello, sería obra de más de un censor, dada la multiplicidad de temas tratados. En consecuencia, daremos una breve síntesis del contenido global de los volúmenes y una valoración media del conjunto.

El volumen I contiene exclusivamente los trabajos de Della Corte sobre Filología griega, casi todos ellos de tema literario. Su mayoría pertenecen a los primeros años de la investigación del autor, y la variedad de su contenido hace difícil resumirlos en unas líneas. Tratan preferentemente temas relacionados con los poetas elegíacos y yambógrafos: así, «Elegía e giambo in Archiloco» (1940), «La Nannó di Mimnermo» (1943), «Mimnermo» (1965), *Saffo. Storia e leggenda* (Torino, 1950); con los dramaturgos: «Il Polidoro euripideo» (1962), «Menandro, l'attore Aristodemo e la morte di Focione» (1960); con diversos descubrimientos papiroológicos, etc. El autor de esta reseña reconoce no considerarse persona adecuada para opinar sobre la valía de los trabajos de este volumen; no obstante, la alta calidad que suele tener la investigación de tema latino realizada por Della Corte, creemos que alcanza también a estos escritos, redactados desde luego con gran documentación, sagacidad y encomiable claridad de razonamiento y exposición.

El volumen II recoge trabajos sobre literatura latina arcaica y de la época de Cicerón, ocupándose ante todo de las figuras de Plauto, Catón el Viejo, Varrón y Catulo, así como algunos otros autores, a los que se dedica menor número de páginas (Enio, Lucilio, Valerio Edituo, Marco Seyo Nicanor, la *Laudatio Turiae*). Trabajos en su totalidad de valor probado: no olvidemos que a Della Corte se deben libros muy importantes sobre Plauto (*Da Sarsina a Roma*, Firenze, 1967₂) y sobre Catón (*Catone Censore. La vita e la fortuna*, Firenze, 1969₂); además de ello, es uno de los más destacados investigadores de Varrón, ya desde los tiempos en que publicó su *La filologia latina dalle origini a Varrone* (Torino, 1937), hasta su fundamental libro *Varrone, il terzo gran lume romano* (Firenze, 1970₂), cuyo valor hemos encomiado en un reciente trabajo nuestro («Varrón y el teatro latino», de próxima aparición en *Duuius III*, 1975).

El volumen III es el más unitario en cuanto a sus temas, que tocan en su casi totalidad problemas de tres grandes poetas clásicos: Virgilio, Horacio y Tibulo. De los 18 trabajos que comprende, seis de ellos son introducciones a ediciones escolares de las obras de Virgilio; de ahí su valor de obra de divulgación, o por lo menos no dedicada a especialistas, como indica el autor en el Prefacio del volumen. A Horacio se dedica un único trabajo, de 1970: «La difficile giovinezza di Orazio». Los últimos seis trabajos, bastante recientes, estudian aspectos del apasionante y arduo problema de los poemas del *Corpus Tibullianum*: «La Vita Tibulli» (1966), «Onomástica Tibulliana» (1966), «Igne o Imbre? (Tib. I 1, 48)»

(1967), «Tibullo e l'Egitto» (1966), «Aspetti sociali del III libro del *Corpus Tibullianum*» (1964), «Il poeta Lucio Giulio Calido» (1965).

El volumen IV, el más extenso de todos, comprende estudios sobre la literatura de época imperial. El mayor número de ellos está dedicado a Ovidio, poeta sobre el que Della Corte ha estudiado muy diversos aspectos y al que promete dedicar próximamente un libro. Un segundo lugar lo ocupan cuatro interesantes trabajos sobre la fábula y el fabulista Fedro (*Moralità della favola*, Génova, 1954), «Phaedriana» (1939), «Punti di vista sulla favola esopica» (1972), «Tre papiri favolistici latini» (1966). Un artículo o dos son dedicados a cada uno de los siguientes escritores: Veleyo Patérculo, Plinio el Viejo, Marcial, Suetonio y Ausonio.

En resumen, he aquí una serie de trabajos muy útiles en líneas generales, ante todo para el estudioso de la literatura latina, escritos por uno de los más preclaros latinistas de la Italia actual. Gracias a su reedición en conjunto, el investigador podrá ahora acceder a ellos con facilidad, cosa que dificultaba bastante su dispersión en gran número de publicaciones periódicas, así como en otras aisladas, muchas de ellas agotadas. Estos cuatro volúmenes, en unión de los libros que hemos recordado y de algunos otros, son el trabajo de toda una vida dedicada a la Filología clásica. Dicho esto, nos queda felicitar al autor y expresarle nuestro agradecimiento personal, no sólo como latinista joven, sino por habernos ayudado varios escritos suyos en múltiples ocasiones en que hemos tocado temas comunes.

A. POCIÑA PÉREZ

KINDSTRAND, JAN FREDRIK.—*Homer in der Zweiten Sophistik*. Studia Graeca Upsaliensia 7. Uppsala, 1973. 251 pp.

El verdadero problema de un estudio sobre Homero en la Segunda Sofística es un problema de método. En este sentido, la labor de Kindstrand resulta de gran interés, por haber logrado aproximar la exactitud filológica a la interpretación literaria. Cifándose a tres autores importantes (Dión de Prusa, Máximo de Tiro y Elio Aristides), ha logrado trascenderlos y convertir el estudio de una parcela en una perspectiva más general. Al enfrentar dos mundos tan dispares, en el tiempo y en la concepción literaria, como el homérico y el de la Segunda Sofística, se logra, por una parte, dar una idea del influjo y del prestigio de Homero y, por la otra, acceder a una interpretación literaria de los tres autores considerados. En realidad, un autor de época romana sólo puede ser comprendido literariamente a la luz de un pasado, en las coordenadas de una tradición. Aunque los tres autores estudiados suelen designarse tradicionalmente como 'retores', al enfrentarlos al mundo homérico resaltan profundas diferencias, evidenciándose la carga filosófica de Dión y Máximo, frente al decidido retoricismo de Aristides.

La investigación está dividida en dos partes.

En la primera se estudia el conocimiento directo del texto homérico por cada uno de los autores considerados. Se hace un examen a fondo de la forma de introducir las referencias; se presenta sinópticamente el material homérico aducido por cada autor, precisando si se trata de citas métricas o amétricas (y dentro de estas últimas, las más difíciles de estudiar, se detalla si la cita en cuestión es *Paráfrasis*, *Referencia* o *Alusión*), todo presentado en unos índices muy claros.

Avanzando un paso más, Kindstrand investiga el uso de palabras o expresiones claramente homéricas, resumiendo sus resultados con elegante concisión (vd. por ejemplo, pp. 26-27). Reunido el material, procede a su estudio literario, considerando el modo en que cada autor lo aplica: citas como autoridad, referencias polémicas, ejemplificaciones, comparaciones, citas de mayor elaboración literaria, etc. Personalmente he leído con mucho agrado los párrafos que dedica a precisar el texto homérico utilizado por cada autor. En este apartado se podría ir más lejos hoy, después de la monumental edición de los escolios homéricos que debemos a H. Erbse y cuya publicación prosigue a buen ritmo, pero a juzgar por el material aducido (para Dión, p. 40; Máximo, p. 67; Aristides, p. 93) parece probado que Dión utiliza el texto de la vulgata homérica, sin aceptar las atétesis de los alejandrinos, aunque probablemente adaptado a una *recensio* aristarquea; el caso de Máximo es singular: no muestra influjo de Zenodoto, pero discrepa de Aristarco en igual número de pasajes que coincide con él, siguiendo un texto de vulgata algo especial; por lo que respecta a Aristides, utiliza una vulgata con cierto influjo zenodoteo. En su afán de ser útil, el autor traza cuadros de diferencias entre las citas de los tres retores y la edición homérica de Oxford. Algunos apartados especiales según los autores, como por ejemplo las modificaciones conscientes de textos homéricos que hace Máximo (p. 71), completan felizmente esta primera parte.

La segunda sección del libro estudia la forma en que esos autores conciben la obra homérica, sus interpretaciones de ella, sus actitudes conceptuales. En la imagen de Homero que tiene un autor de época imperial influyen sin duda, además de su experiencia directa, el recuerdo de las clases en la escuela y la abundantísima literatura sobre el tema. No se trata de un estudio sobre las fuentes, imposible de hacer para esa literatura en gran parte perdida, sino de un intento de acceder a la visión y a la interpretación que de Homero tienen los autores estudiados. En este sentido, las conclusiones son verdaderamente interesantes. Enumeraremos algunas a modo de ejemplo: Dión es el único que se ha interesado por el aspecto histórico de la poesía homérica; Dión y Máximo consideran a Homero únicamente como autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*, mientras que Aristides le asigna también los *Himnos* e incluso algo del *Ciclo*; los tres coinciden sustancialmente en la doctrina de una inspiración divina actuante sobre el poeta, con ciertos matices diferenciales; sólo en Dión, y de un modo parecido al *De Sublime*, se enjuicia a Homero desde un punto de vista literario, sin ceder del todo a la óptica moralizante que para la poesía impuso el estoicismo, para quien Homero es en gran medida un moralista; Aristides exalta el conocimiento que tiene Homero de los recursos de la retórica; los mitos homéricos son enjuiciados muy diferentemente (cf. p. 225); los héroes se aducen para ilustrar virtudes, como prototipos morales, etc.; las críticas a Homero son casi insignificantes, salvo para el platónico Máximo, en quien el conflicto entre Platón y Homero es un problema importante, y también para el particular discurso XI de Dión.

Una bibliografía excelentemente seleccionada cierra este interesante libro, cuyo método resulta prometedor y debiera aplicarse sistemáticamente a otros autores de este período. Son también modélicas la elegancia y precisión que utiliza Kindstrand en la presentación de sus resultados.

FÉLIX PIÑERO

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.—*Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Madrid, Istmo, 1975. 191 pp.

El estudio de las religiones primitivas de Hispania ha sido un tema constante en los trabajos de investigación del Dr. José María Blázquez Martínez. Hace más de dos lustros nos ofreció un primer trabajo de conjunto, su recopilación de fuentes literarias y epigráficas, en que, por la naturaleza misma de los datos, la investigación quedaba prácticamente circunscrita a los pueblos de raíz indoeuropea o fuertemente relacionados con ellos. En artículos más especializados ha venido tratando de penetrar el autor en el mundo de la religiosidad de los pueblos tartésico, turdetano e ibérico. En este terreno, la abundancia de representaciones iconográficas, las noticias sobre mitos antiquísimos y las alusiones más o menos explícitas de las fuentes clásicas imponían otro método de trabajo, concretamente, el de las religiones comparadas.

Partiendo de este cúmulo de datos, el autor ha establecido el nexo entre la religiosidad de los pueblos ibéricos y el amplio mundo de la religiosidad arcaica mediterránea, tomando como hilo conductor los materiales arqueológicos de la Península Ibérica y del mundo mediterráneo, especialmente etrusco y oriental.

El trabajo que presentamos viene a ser como un panorama de conjunto en que se condensan todos los trabajos anteriores del autor. Precede una Introducción en que se establecen las coordenadas antropológicas y etnográficas del estudio. El cuerpo de la obra se organiza a modo de diccionario, pero en el conjunto destacan algunos artículos que vienen a ser capítulos básicos de la religiosidad hispánica primitiva. Así, los dedicados a *Astarté*, *Culto al Sol*, *Mitos o Santuarios*.

En el texto se incluyen bibliografías que, en su conjunto, resultan exhaustivas y suponen unas pistas valiosísimas para quien trate de adentrarse en este campo de estudio. También se ofrecen varios cuadros y mapas con listas de divinidades y delimitación de áreas a que se extiende su culto.

Con esta obra se ha querido ofrecer, en forma compendiosa y dentro del espacio más breve que ha sido posible, un panorama completo de todos los conocimientos que hasta ahora hemos adquirido sobre este mundo sugestivo de las primitivas religiones hispánicas.

J. VALIENTE MALLA

SCULLARD, H. H.—*Roman Politics 220-150 B. C.* Oxford, Clarendon Press, 1973. XXXIII + 325 pp.

El libro del Prof. Scullard, que ahora comentamos, vio la luz por primera vez en el año 1951; en la presente edición se le ha añadido una previa exposición de los puntos de vista más importantes que sobre este tema han sido manifestados en el intermedio entre ambas ediciones.

La tesis que aparece defendida a lo largo de estas páginas hace referencia a cómo desde el año 220 al 150 a. C. el control político efectivo de Roma fue ejercido por un conjunto de familias, no muy numeroso, que por su poder e influencia tenían en sus manos la posibilidad de controlar las elecciones y con ellas los órganos de gobierno. Se pretende, de esta manera, hacer un examen de las actividades políticas desarrolladas por aquellos hombres que dirigieron los destinos

de Roma en el momento en que esta ciudad estaba pasando a convertirse en la primera potencia de todo el Mediterráneo. Durante este periodo el Senado era el organismo rector que gobernaba el Estado, pero a su vez éste aparece dominado por unos determinados grupos de nobles pertenecientes a un cierto número de familias; la influencia de estos grupos familiares en el Senado determinará, en definitiva, la línea a seguir en cada momento, según el predominio de un grupo u otro. Sin embargo, todo ello no implica la existencia de un sistema de partidos, ya que el poder de estos grupos era la consecuencia del establecimiento de alianzas a nivel personal, bien entre los propios miembros de la clase rectora como consecuencia de lazos familiares, de amistad, matrimoniales, o simplemente de conveniencia política, bien —ya que, aunque el Senado no era elegido directamente por el pueblo, si lo eran los magistrados de los que este organismo se nutría— entre estos nobles y el electorado común mediante relaciones de clientela.

Toda esta problemática es analizada magníficamente en este libro, que se caracteriza por su gran rigor científico y su exhaustivo apoyo bibliográfico. Importante información aparece recopilada en sus cuatro apéndices que cierran el trabajo, junto a dos listas en que se recogen los cónsules, censores y pretores de esta época, unos cuadros con la genealogía de las principales familias y un índice final.

ARCADIO DEL CASTILLO

WISEMAN, T. P.—*New Men in the Roman Senate, 139 B. C.-14 A. D.* Oxford Classical and Philosophical Monographs, 1971. XI + 325, con VI apéndices, prosopografía, bibliografía e índices.

Es acertado el punto de partida del estudio, la *lex Gabinia tabellaria* del 139, considerado desde la óptica del Derecho aunque la presencia de *hominis noui* en la República Romana es algo tan fluido que resulta arriesgado fijar y determinar el momento en que de forma decisiva inciden en los órganos de gestión del Estado romano. Personalmente considero que hubiera sido acertado iniciar el trabajo desde el primer consulado de Mario y presentar las décadas anteriores como los prolegómenos sin los cuales difícilmente se comprendería la gran revolución que se avecinaba.

Es de justicia resaltar la concisa y apretada Introducción (p. 1-12) donde señala los puntos culminantes de todo el proceso que historia en sus páginas: la Guerra Social, los años de dominación de Cinna, la dictadura de Sila, la plena presencia de César en la política romana a partir del 49, y las diversas *lectiones senatus* de Augusto.

Los factores determinantes para que un no romano accediese al Senado son objeto de un minucioso análisis por parte del autor: tener en su haber tres generaciones de ciudadanos, el papel desempeñado por las colonias cuando ya habían cumplido las específicas funciones para las que fueron fundadas y su vida cívica y social estaba suficientemente desarrollada para producir hombres preparados para funciones senatoriales, el de aquellas otras ciudades que a pesar de su origen servil se habían hecho acreedoras a la confianza de Roma por los servicios a ella prestados, el acceso a la ciuitas romana *per magistratum*... y da respuesta, con abundante documentación, al cuándo y dónde senadores italianos y provinciales

aparecen en Roma, su procedencia de colonias latinas, *ciuitates sine suffragio*, aliados antes de que obtuviesen la libertad, personas que obtienen la ciudadanía incluso antes de que su ciudad fuese gratificada con la c. R. o a pesar de que estuviese en guerra con Roma (el caso de los Anicii de Praenestre, de los Magii de Aeclanum y de Statius del Samnium), etc.

En el siguiente capítulo (p. 33 y ss.) da cumplida noticia de la relación *hospitium-clientela*, de la *amicitia*, de las alianzas matrimoniales, como factores importantes que permitían a los no romanos acceder a la privilegiada capa senatorial; buen ejemplo de ello es la lista de individuos que trae a colación.

Mas era necesario, además de los factores apuntados, poseer un determinado censo y es de lo que trata en el capítulo que titula «*Oscuro loco natus*» (p. 65 y ss.). En él se nos ofrece precisa documentación de la estrecha vinculación existente entre el status social y los recursos económicos. No obstante la clase adinerada que entraba a formar parte de la clase dirigente en absoluto era homogénea, como acertadamente señala W., y en todo momento mantuvieron sus heredados privilegios quienes los tuvieron frente a los recién llegados, de la misma forma que el *ordo* ecuestre buscaba también su exclusividad excluyendo a los senadores de las centurias de *equites equo publico*; sin olvidar que en uno y otro cuerpo aunque sus componentes tenían los mismos derechos y obligaciones la *uetus nominis* confería un rango privilegiado entre sus pares a quien la poseyera.

Da detenida cuenta de lo importante que era la consideración de cómo se había obtenido la riqueza que podía franquear la entrada en el Senado; si por nacimiento, si por negocios emprendidos, si por los oficios civiles desempeñados, o gracias a la paga que como centurión o primipilo percibía; así como nos ofrece una sucinta pero clara visión de las actividades mercantiles desarrolladas por los *nobiles* contraviendo la *lex Claudia* y a despecho de lo que Cicerón considera como *artes inhonestae* siguiendo el dictado de Catón el Viejo (*de off.* I 150-51), lo cual es, pura y simplemente, exponente de una movilidad social y un desarrollo económico como hasta entonces no conociera la República romana (el apéndice IV puede considerarse como un anejo de este apartado que comentamos). Pasa revista también al *ordo decurionum*, su extracción y actividades mercantiles teniendo en cuenta fundamentalmente la documentación de Ostia y Pompeya, y de qué modo, si algunos de sus componentes lo deseaba, podían acceder a la *nobilitas* aunque muchos preferían la amistad de la nobleza romana a formar parte de la misma, cual es el caso de Sex. Roscio (Cic., *Pro Roscio* 15).

En el capítulo V (p. 95 y ss.) se nos ofrece la manera cómo se realizaba la *lectio senatus* para cubrir las vacantes hasta que se instauró la cooptación en el 14 d. C.; el orden de la nominación de M. Fabius Buteo, el plebiscito de Atino y la política de Sila respecto a los tribunos, son objeto de especial consideración por parte del autor. Es digno del mayor elogio subrayar el tratamiento que le merece Cicerón, quien a través de su correspondencia, principalmente *ad familiares*, nos muestra las reales dificultades de ascenso de los *homines noui* frente a la *nobilitas* de nacimiento y de qué modo se desenvuelven desarrollando fundamentalmente la *amicitia* para ganarse el favor y la amistad de los *nobiles*; el autor, en apretadas líneas, lo pone de manifiesto al recordarnos el comportamiento de Cicerón al abandonar Cilicia en el 50 (pp. 104-105). Estas reales dificultades se acrecentaban debido al conservadurismo de los electores romanos, a las *clientelae* existentes, a las alianzas políticas familiares, conformando una tupida red ante la que topaban, y quedaban esterilizados, muchos intentos de

acceso; y esta dificultad es cada vez mayor a medida que se pretenden superiores magistraturas. Intimamente ligado con este aspecto el autor nos expone la ideología y los slogans políticos que sustentan la sorda lucha que llevan a cabo para abrirse camino a las magistraturas; y aquí también el testimonio de Cicerón, como el de Salustio para Mario, es de suma importancia por cuanto redefinirán la *nobilitas* «in its moral sense to the exclusion of the technical Roman usage» (p. 110); *Virtus e industria* serán conceptos antitéticos a *nobilitas*, *uetustiore sensu*, y en los que indefectiblemente habrán de apoyarse y afirmarse. Pero no bastaba ello, era necesario también una economía saneadísima, el procurarse un nombre bien a través del conocimiento del derecho, de la elocuencia o combatiendo al lado de prestigiosos generales (*ad summos honores alios scientia iuris, alios eloquentia, alios gloria militaris prouexit*, Liu. XXXIX, 40, 5) y buscarse la necesaria *amicitia* (*pete nobiles amicos!* que proclamaba Catulo). El *comentariolum petitionis* de Cicerón sirve a W. de punto de partida y nervatura principal para describirnos el desarrollo de las elecciones en los comicios (p. 120 y ss.); como se procuraba no incurrir en la transgresión de las *leges de ambitu* pero al mismo tiempo se buscaba el apoyo de *collegia* y *soladitates* y se organizaban clubs y facciones de las que podría el *homo nouus* recabar el apoyo necesario para su elección.

En el capítulo VI (p. 143 y ss.) muestra el autor el *cursus honorum* que habían de recorrer quienes pretendieran cargos de suma responsabilidad en el Estado romano comenzando por el tribunado militar, III *uiri monetales*, III *uiri capitales* y X *uiri stlitibus iudicandis* (el apéndice IV nos ofrece una lista de los cónsules que anteriormente habían sido III *uiri monetales*). Es de resaltar la labor prosopográfica realizada sobre los escasos datos que poseemos de los últimos tiempos de la República para esclarecer quiénes y cuál era el origen de los que desempeñaron estos cargos presenatoriales, así como la afirmación, que compartimos sin reservas, de que fue en el 23 a. C. cuando Octavio reformó el XXvirato, requisito normal para acceder a puestos senatoriales. Viene en apoyo de este aserto diversas reformas que efectuó en dicho año y de las que W. nos da cuenta (p. 151 y n. 2 y 3).

Ya en el Senado el *homo nouus* no era de hecho un par entre los pares, sino que se encontraba en una situación incómoda y de inferioridad hasta el punto de que las supremas magistraturas o los sacerdocios más encumbrados difícilmente eran alcanzados a no ser que coyunturas políticas del momento le facilitasen el camino, cuales fueron los dos triunviratos.

Ciérrase la monografía con seis apéndices que, teniendo valor en sí mismos, de alguna manera son parte integrante de los capítulos que componen el libro. De ellos destacaría, por preferencias personales, el III y el IV porque ambos nos ofrecen el marco geográfico de las propiedades agropecuarias y las actividades mercantiles de las familias senatoriales. La prosopografía senatorial que se incluye en las últimas páginas del trabajo es un excelente complemento de éste y donde podemos hallar utilísimos datos acerca de los senadores a los que hace referencia en los diversos capítulos de la obra.

En resumen. Creo que el libro de W. es una notabilísima aportación para el mejor conocimiento de los últimos cien años de la República y con justicia hay que incluirlo en la misma línea de investigación en la que satisfactoriamente han trabajado Badian, Brunt, Lintott, Münzer y Syme, entre otros.

Aunque no oponemos objeción alguna notoria al trabajo que señalamos, hubiéramos querido hallar en él mayor protagonismo a la conexión existente

entre muchos miembros de la clase dirigente *nouii homines* y prestigiosos militares que conoció tan crítico período de la República, pues es evidente que jugaron un importante papel en la carrera, emprendida por *nobiles* y no *nobiles*, por alcanzar los máximos honores, hasta el punto de que dominaron la escena política romana; dato muy significativo resulta la presencia de más de 200 senadores congregados el 56 a. C. en Luca, en vísperas de la reunión de los triumviros, a la expectativa de lo que pudieran acordar al margen de la vigencia de unos órganos constitucionales (App., BC II, III 17).

En el marco de las facciones, *amicitiae*, alianzas matrimoniales y recursos económicos tan necesarios para el desempeño de cualquier magistratura, máxime si esta es senatorial, el protagonismo oligárquico de los Metelli, al menos desde la desaparición de los Gracos hasta el advenimiento de Pompeyo, brilla por su ausencia cuando pienso que la reacción conservadora está en el primer plano de la vida pública tratando de conservar el poder político e impidiendo simultáneamente la presencia de personalidades ajenas a su círculo.

Por último, echamos en falta un tratamiento a fondo de las *quaestiones perpetuae* de las que tanto gustó Sila y que, con la legislación Cornelia, constituyeron el pilar jurídico de la restauración silana. Mediante aquellas, las *quaestiones*, Sila no pretendió otra cosa que sustraer el proceso público a la competencia de las asambleas y tribunales de la plebe; así vemos que no sólo el *crimen repetundarum* sino el *ambitus*, el *crimen imminutae maiestatis* y el *peculatus* fueron otras tantas materias que cayeron bajo la competencia de estos jurados. Aparentemente este aspecto podría parecer no guardar relación estrecha con el trabajo que comentamos pero la realidad era que en un período tan crítico como el que el autor ha estudiado, tan profuso en conclusiones y extorsiones, la ulterior carrera del senador dependía en gran manera del modo como se realizaba la *editio*, *electio* o *sortitio* de los jurados una vez que esos delitos públicos (*crimen*) no eran de la incumbencia de los comicios, más difíciles de manipular. En definitiva el *cursus honorum* que se perseguía se hacía difícil o fácil según que, si concuscase la ley o inocentemente fuese acusado de ello, la *quaestio* correspondiente contemplase con simpatía o antipatía al encausado.

FRANCISCO JAVIER LOMAS SALMONTE

KÖVES-ZULAUF, THOMAS.—*Reden und Schweigen. Römische Religion bei Plinius Maior*. München, Wilhelm Fink Verlag, 1972. 386 pp.

No es tarea fácil decidir por dónde debe comenzarse la reseña de este precioso libro que tenemos en las manos. Quizá haya que hacerlo por su enigmático y sugestivo título, «Reden und Schweigen», Palabras y Silencios; título que aparece así, sin más precisión, en la portada del volumen, y que sólo comienza a concretarse cuando leemos en la primera página el más explícito subtítulo: «Römische Religion bei Plinius Maior». Entre ambos precisan el contenido de la obra: un estudio de la *Naturalis Historia* del gran erudito latino como fuente para el conocimiento de la religión romana y, esencialmente, del valor religioso, mágico o supersticioso de la palabra y de la gesticulación en silencio (*muta religio*).

El punto de partida y eje central de la investigación de Köves-Zulauf son los interesantísimos capítulos 10-29 del libro XXVIII de Plinio el Viejo, esto es, el comienzo de los *Ex homine remedia*, partiendo de su interrogante inicial: *pollentne aliquid uerba et incantamenta carminum?* ¿Tiene algún poder religioso la palabra humana? A opinar sobre esta cuestión tan decisiva dedica Plinio ocho de sus más atractivas páginas: al estudio detallado del problema, casi cuatrocientas nuestro autor.

Primera cuestión a tratar son los tres tipos de utilización de los *uerba* que señala Plinio: *alia sunt uerba impetritis, alia depulsoriis, alia commendationis*, según la traducción de Ernout, «paroles différentes pour avoir de bons augures, pour conjurer les mauvais, pour les recommandations». Y aquí plantea el filólogo alemán una cuestión enjuiciosa: la necesidad de restablecer en la última palabra del texto que citamos la lectura de los mss. plinianos *commendationis*, enmendada por los editores en base al texto de Valerio Máximo I 1, 1: *prisco etiam instituto rebus diuinis opera datur, cum aliquid commendandum est, precatione, cum exposcendum, uolo, cum soluendum, gratulatione, cum inquirendum..., impetrato*. Köves-Zulauf defiende con energía, abundancia de razones y buen criterio la lectura de la tradición, explicando *commendatio* en el sentido de «Deutung», o interpretación del sentido religioso o mágico de la palabra ritual.

Una vez establecido ese triple valor, la obra presentará tres apartados dedicados al estudio de cada uno de ellos, con los títulos alemanes *Beschwörung, Abwehr, Die deutende Funktion des Wortes*. En ellos, el alcance impetratorio, conjuratorio e interpretativo de la palabra humana en la religión romana es analizado con extremo cuidado y detalle, partiendo sobre todo de los 37 libros de Plinio; a los que se suman continuas referencias a multitud de autores antiguos, de cuyo crecido número ofrece una prueba obvia el prolongado (y utilísimo) «Stellenindex» de pp. 374-386. Además, no se conforma el autor con la mera teorización, sino que ofrece una serie de casos concretos en los que sus afirmaciones se ven ejemplificadas.

En suma, un trabajo cuidadísimo, muy documentado, de enorme interés, sobre un aspecto tan interesante de la religión romana como es el alcance ritual de la palabra, bien sea en su valor positivo (*uerba, Reden*), o en el negativo (*silentia, Schweigen*), que no viene a ser sino un medio de subrayar el primero.

Pero no queríamos acabar este breve resumen sin señalar otros méritos de la obra. Si por su temática ha de considerarse de ahora en adelante como fundamental para el estudio de la religión romana, también es elogiable por su contribución a la investigación sobre Plinio el Viejo, un autor tan descuidado por los filólogos, pese a su gran trascendencia histórica y cultural. Como nota Köves-Zulauf en su Introducción, «Die Naturgeschichte des Plinius ist ein Buch mit ruhmreicher Vergangenheit», pero... «Von diesem alten Ruhm ist heute wenig übriggebleiben» (p. 14). Plinio tiene actualmente poca suerte entre nosotros: su temática es desconcertante, su lengua difícil, su forma fea, y, por si fuera poco, se le ha colgado el sambenito de ser un «Vielleter und Vielschreiber» sin tiempo para asimilar sus lecturas... (p. 15). Esperemos que la terminación de su edición bilingüe en la Col. Budé contribuya a poner remedio a esta injusticia; Köves-Zulauf ha dado un paso notable en este sentido.

Por último, la Bibliografía de pp. 343-357 no sólo es muestra de la gran labor llevada a cabo, sino que ofrece un interesante recuento de lo mejor que se ha

escrito sobre religión romana. Felicitemos, en fin, al autor, a la Universidad de Marburg, donde se realizó una «Habilitationsschrift» de tanta altura como la presente, y al editor por la cuidadosa presentación del volumen.

ANDRÉS POCIÑA

GALSTERER, H.—*Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen, Bd. 8. Berlin, Walter de Gruyter & Co., 1971. 84 pp., 1 mapa.

Este volumen VIII de la serie de las *Madrider Forschungen*, consagrado al estudio de la naturaleza y constitución de las ciudades romanas en Hispania, constituyó en su origen una Dissertation (1968) de la Universidad de Erlangen-Nürnberg dirigida por el Prof. F. Vittinghoff. Se suma así, por tanto, al conjunto de obras que como la anterior de L. Teutsch, *Das römische Städtewesen in Nord Afrika in der Zeit von C. Gracchus bis zum Tode des Kaisers Augustus*, Berlín, 1962, o la posterior de J. Gascou, *La politique municipale de l'Empire Romain en Afrique proconsulaire de Trajan à Septime-Sévère*, Roma, 1972, dedican sus páginas al examen de la actividad romana en determinadas provincias en el orden de la elevación de los asentamientos urbanos a los rangos jurídicos colonial y municipal. En este sentido la obra de Galsterer es de una gran concisión. Pensando el autor que el núcleo de su trabajo podía verse ensombrecido por multitud de problemas marginales o derivados del tema objeto de su investigación, y considerando por otra parte la dificultad que entrañaba la necesidad de haber tenido que basar su estudio en documentos literarios, epigráficos y numismáticos de escasa información, ha preferido sacrificar cualquier digresión en aras de una mayor claridad e intensidad. Este principio, que se desprende claramente de la estructura de la obra, es el que obliga a Galsterer a condensar sintéticamente, como provechoso preámbulo, las más importantes consecuencias que la romanización, entendida como despliegue burocrático y administrativo, pero sobre todo financiero y económico, tuvo sobre todas las provincias romanas, transformando los enclaves primitivos de naturaleza agraria (*oppida*) en «ciudades romanas», tarea que fue más sencilla en el Occidente del Imperio que en el Oriente, en donde la nueva distribución romana nunca pudo imponerse al modelo de la polis clásica.

Un importante papel en este proceso lo desempeñó la concesión del derecho de ciudadanía o del derecho latino, convirtiendo a la comunidad receptora en municipio o colonia; sin embargo, las primitivas distinciones institucionales entre colonia y municipio se fueron confundiendo con el tiempo, hasta el punto de que en época de Adriano no se puede observar, con excepción del título, ninguna diferencia entre ambos tipos. Después de trazar un esquema general de las etapas por que atravesó la implantación de la administración romana en Hispania, que comenzó con la sumisión de las costas del Mediterráneo y la creación de la primera colonia latina fuera de Italia (Carteia, en el 171 a. C.), continuando con distintas concesiones políticas hasta Domiciano, se adentra el autor en la tarea central del libro, es decir, rastrear el origen de municipios y colonias, puesto que ambas fueron los principales actores de la romanización. Así, por capítulos

cronológicos aborda las fundaciones de época republicana, incluyendo las dudosas (Carteia, Corduba, Palma, Pollentia, Ilerda, Valentia, Italica, Graccurris, Illiturgi, Caecilia Metellinum, Pompaelo, Munda, Lascuta y Brutobriga), las concesiones realizadas por César y Augusto, las llevadas a cabo durante los reinados de Tiberio y Galba, la labor de Vespasiano y la concesión del derecho latino a toda Hispania en 73-74, aunque fueran aquellas regiones más romanizadas las que se beneficiaron fundamentalmente de esta medida de Vespasiano y Tito, para cuya aplicación efectiva mediante leyes municipales fue necesario que transcurrieran algunos años. En época de Domiciano se acaban probablemente las concesiones y después de su mandato ya no hallamos ningún caso de acceso de comunidades peregrinas a la condición municipal o colonial. Finalmente analiza Galsterer la organización interna de estas ciudades, sus sacerdocios, magistraturas (problema de los IIviri y IIIIviri), las asambleas locales. Del funcionamiento de este sistema se infiere que en su mayor parte deriva de las disposiciones de César y Augusto más que de las establecidas en época republicana; no es posible, por tanto, aceptar ni la existencia de una *lex municipalis* de César para uniformar las instituciones municipales ni la influencia de las formas locales indígenas en la constitución de las mismas.

En un primer apéndice examina el autor, por último, la inscripción del puente de Alcántara (*CIL* II 760) con la mención de los *municipia provinciae Lusitaniae*, llegando a la conclusión de que su autenticidad puede inspirar serias dudas; en el segundo apéndice proporciona la lista de las comunidades privilegiadas con la concesión del derecho latino o romano, clasificadas por provincias, acompañando en cada caso la referencia a los testimonios en donde se conserva tal mención. La obra se cierra con útiles índices de lugares, materias y fuentes utilizadas (epigráficas, numismáticas y literarias), y con un mapa que representa la distribución de municipios y colonias en la Península Ibérica conforme a la época de fundación. La bibliografía utilizada es muy completa y se enriquece todavía más en las páginas del libro gracias a las notas a pie de página que figuran con gran profusión y plantean con acierto los problemas concretos. Aunque el propio Galsterer indica que por razones de edición la bibliografía acaba en el año 1968, sin embargo, el hecho de que esta monografía se haya publicado en 1971 puede inducir a algunos lectores a considerar que alcanza hasta este último año; querriamos, pues, señalar algunos trabajos aparecidos en ese trienio que ofrecen indudable interés en relación a algunos de los puntos aquí tratados: así, M. Euzennat, «Lingots espagnols retrouvés en mer», *Etudes Classiques* III, 1968-70, reinterpreta la inscripción del lingote de cobre en donde se citaría la colonia de Onoba y lo atribuye a Ossonoba (Estoy, junto a Faro, en Lusitania); J. Alarcão, R. Etienne y G. Fabre, *Le culte des Lares à Conimbriga*, *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 1969, sobre el municipio de Conimbriga beneficiado por la concesión del *ius Latii* acordado por Vespasiano y Tito; A. Torrent, *La «iurisdictio» de los magistrados municipales* (*Acta Salmanticensia, Derecho* 25), Salamanca, 1970, p. 72 ss., acerca de IIviri y IIIIviri, y 169-183 sobre las leyes municipales españolas; y, en especial, P. A. Brunt, *Italian Manpower*, 225 *B. C.-A. D.* 14, Oxford, 1971, pp. 584-588, 590-593, 602-604, con nuevas apreciaciones sobre el origen y desarrollo de colonias y municipios en la Península Ibérica.

El lector no compartirá necesariamente todos los puntos de vista del autor, sobre todo los referentes a la supuesta falsedad de la inscripción de Alcántara,

a la que recientes estudios acerca de la romanización de Lusitania y del NO de la península nos obligan a conceder cada vez mayor crédito, o las opiniones acerca de determinadas localizaciones y estatutos, que a menudo deben ser rectificadas a causa de la aparición de nuevos documentos epigráficos. Sin embargo nos hallamos ante una obra sumamente provechosa que, habiendo profundizado con seriedad en uno de los más complejos aspectos jurídicos de la romanización, constituye una importante y valiosa aportación a la historia de Roma y de su civilización en Hispania, siempre que sepamos integrar estos datos dentro de la historia total romana de que forman parte.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

SHERWIN-WHITE, A. N.—*The Roman Citizenship*. Oxford, Clarendon Press, 1973 (2.ª edición). 486 pp.

Nos encontramos ante una segunda edición de esta obra clave para el estudio de la ciudadanía romana en sus variadas facetas. Esta obra que seguía siendo necesaria, aún en su primera edición de 1939, para toda investigación sobre esta cuestión, ha sido ampliada y actualizada dando cabida a los últimos adelantos y analizando la bibliografía más reciente. Además, la obra lleva nuevos capítulos en los cuales se estudian con mayor profundidad algunos problemas que únicamente habían sido esbozados en la primera edición.

Pasando a la revisión del contenido del libro, nos lo encontramos dividido en cuatro partes: la ciudadanía romana durante la República, principado y ciudadanía, problemas técnicos del *status* romano y actitud de los provinciales ante el Imperio.

La primera parte estudia la constitución de municipios en los primeros tiempos de Roma y la municipalización de Italia con las consecuencias que tal medida acarreo. Un apéndice permite al autor analizar las más modernas teorías sobre la situación de los *Latini*, *Municipes* y *Socii Italici*.

En la segunda parte el autor estudia la época del Principado y muestra la evolución que toma el fenómeno tras el establecimiento de la *Pax Augusta*. La investigación la lleva a cabo a partir de dos perspectivas: por un lado, la actitud del emperador frente a sus súbditos que se recoge de manera global y con miras generales; por otra parte, la aplicación de esa normativa general en cada caso particular de acuerdo con la reacción de las diferentes colectividades ante el poder central. Los distintos capítulos de esta segunda parte están destinados a examinar la situación de la ciudadanía romana durante el mandato de los sucesivos emperadores hasta llegar a los Severos.

La tercera parte, totalmente nueva, se ocupa de cuestiones que ya habían sido esbozadas en la primera edición. Constituyen objeto de estudio la adquisición del derecho de ciudadanía tanto a nivel individual como a las comunidades provinciales. Capítulo aparte merece la *Constitutio Antoniniana* por las consecuencias que trajo para la plena romanización del Imperio más que por los términos del edicto.

La última parte está dedicada al examen de la actitud de los provinciales ante Roma. El autor muestra cómo se llega a una leal obediencia de los mandatos

de Roma por parte de los provinciales tan diferente de aquella aversión que se apreciaba en el período republicano.

Cada una de las partes lleva unos apéndices tendentes a actualizar los estudios sobre el tema. En ellos se recogen las últimas interpretaciones de cada una de las cuestiones planteadas.

La bibliografía ha sido también enriquecida con los más importantes trabajos aparecidos a partir de 1939. Esta ampliación ocupa un suplemento bibliográfico si bien otros estudiados recientes aparecen únicamente mencionados en las notas correspondientes a los apéndices y capítulos adicionales antes mencionados.

Como indicamos al principio, estimamos clave esta obra de Sherwin-White sobre todo después de esta magnífica revisión.

E. MATILLA

LIEBESCHUETZ, J. H. W. G.—*Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*. Oxford, Clarendon Press, 1972. XIV+302 pp.

La impresión general que produce el libro del Prof. Liebeschuetz es que se trata de una obra muy documentada y que constituye una gran aportación para el conocimiento del Bajo Imperio. El trabajo está basado principalmente en los discursos y cartas de Libanio, y con el apoyo de esta fuente el autor expone completamente el desarrollo político-social de la ciudad de Antioquía en el siglo IV d. C.

Aunque en el terreno político la ciudad resulta ser una copia perfecta de lo que ocurrió en las otras ciudades del Imperio, con la consiguiente destrucción del gobierno municipal en el siglo anterior y el fuerte control de los agentes de la administración imperial con posterioridad al emperador Diocleciano; en el terreno de la economía la situación fue algo diferente, ya que contrariamente a los demás nobles de las ciudades occidentales que pasaron a residir en el campo, arruinándose con ello la vida urbana, en Antioquía esta nobleza continuó viviendo en la ciudad, con lo que se mantuvo una gran población haciendo, al mismo tiempo, que la prosperidad económica fuese un hecho. Sin embargo, los grandes gastos que se originaron como consecuencia de las campañas contra Persia van a incidir sobre esta ciudad en lo que a su economía se refiere por cuanto, debido a su situación, era la encargada de proveer al ejército con transportes de suministros hasta el escenario de la lucha; esta constante sangría hizo que se debilitasen en gran medida las fuentes económicas de la ciudad.

Un último aspecto resulta importante. En el siglo IV d. C. había empezado ya la segregación racial y religiosa en la ciudad, que fue escenario de grandes conflictos entre cristianos y paganos, y entre sectas dentro de la propia Iglesia, todo ello aumentado por los problemas que producirá la intransigencia de la gran comunidad judía existente.

El libro se cierra con cuatro apéndices, una bibliografía, dos índices y dos mapas.

ARCADIO DEL CASTILLO

MALUQUER DE MOTES, J.; BALIL, A.; BLÁZQUEZ, J. M. y ORLANDIS, J.—*Historia económica y social de España. Volumen I: La Antigüedad*. Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973. XX + 610 pp. 126 láms. 34 mapas.

La Confederación Española de Cajas de Ahorro ha iniciado la empresa de componer una Historia de España tomando como puntos de mira los aspectos sociales y económicos. Para ello se ha servido del patrocinio científico del Patronato «Menéndez Pelayo» del C. S. I. C.

Con esta obra pretende llenar el gran vacío existente dentro de la historiografía española ya que, aunque han aparecido y aún siguen saliendo a la luz estudios monográficos y parciales, todavía no se ha abordado un examen completo de la Historia de España desde estas perspectivas. Este vacío se hacía más notorio como consecuencia de las orientaciones de los estudios históricos en los últimos tiempos las cuales dan mayor preponderancia a las causas económicas a la hora de evaluar las motivaciones del devenir histórico.

Algunos intentos, mejor dicho trabajos de ámbito limitado, ya habían sido obra de autores españoles; pero la realización de una obra de conjunto, elaborada por especialistas en cada una de las épocas de la Historia de España buscando una visión completa de la evolución, era algo que exigía la investigación española.

Hasta el momento no ha aparecido más que el primer volumen de los cuatro que completarán la obra. Este primer volumen llega hasta el final del reino visigótico. Es propósito el que el estudio llegue a completarse con el examen de los tiempos actuales.

La primera parte del volumen, debida a Maluquer, está dedicada al período prehistórico y llega hasta el año 400 a. C. Se inicia con un estudio del medio geográfico que, si bien va naturalmente orientado al análisis de los aspectos propios de los tiempos primitivos, aporta datos y consideraciones valiosísimas para los tiempos históricos. A continuación el autor analiza los rasgos más significativos de la población y economía paleolíticas tales que la caza, la pesca, recolección, vivienda, etc. así como los movimientos de la población de acuerdo con las condiciones climáticas y los desplazamientos de las especies de animales, base esencial de la subsistencia humana en aquellos tiempos. El segundo capítulo de esta primera parte está dedicado a estudiar la evolución desde el Neolítico hasta el año 1000 a. C. La atención se fija en las innovaciones propias de esta época: aparición del pastoreo y de la agricultura. A esta época corresponden también el establecimiento de las primeras colonias en lugares cercanos a las costas; los colonizadores traen consigo una estructura con base familiar.

El tercer capítulo de la primera parte estudia el período que va desde el año 1000 al 400 a. C. en el que se dedica especial atención a Tartessos, a las colonizaciones fenicia y griega y al progreso operado en todas las ramas de la economía: agricultura, ganadería, industria y comercio. Finalmente se presta atención, aunque no suficiente, a la intervención de mercenarios hispanos al servicio de los cartagineses y otras potencias mediterráneas de la época. Esta última fase va a depurar la casi total integración de la Península al mundo mediterráneo, como se desprende del estudio de cada uno de los aspectos abordados.

La segunda parte, «Indígenas y colonizadores», es obra de Alberto Balil y se ocupa del tiempo que media desde la caída de Tartessos (c. 400 a. C.) a la batalla de Actium (31 a. C.). Esta época se caracteriza por la afluencia masiva a España de colonizadores semitas y griegos que hacen desarrollar el comercio hacia una

economía monetaria abandonando, así, la práctica primitiva del trueque. El autor va examinando el desarrollo de las colonias orientales y la colonización romana en relación con los pueblos indígenas. Estudia los móviles de la colonización y seguidamente los aspectos humanos de la población (demografía, migraciones, estructuras sociales, etc.) y los aspectos económicos: explotación de los recursos naturales y comercio.

La tercera parte está dedicada al Imperio romano hasta la crisis del siglo III. Es continuación de la anterior tanto en la temática como en la elaboración ya que se debe al mismo autor. La estructuración del estudio de este período también es idéntica a la segunda parte: hombres, explotación de recursos naturales y comercio son los títulos de los diferentes capítulos. El período aquí estudiado tiene como tónica general el proceso de urbanización, que se desarrolla en forma desigual, la entrada de hispanos en la política central de Roma y el fuerte desarrollo del comercio.

La parte siguiente, «El Imperio y las invasiones desde la crisis del siglo III al año 500», es obra de Blázquez, un especialista en esta época de la Historia de España que ya ha dado muestras de su especialización en multitud de publicaciones entre las que cabe destacar *Estructura económica y social de Hispania durante la Anarquía Militar y el Bajo Imperio* (Madrid, 1964). Blázquez dedica gran atención a la proyección del cristianismo así como a los movimientos sociales de la época (bagáudicos y priscilianismo) que tuvieron gran arraigo en los medios rurales y en las zonas menos romanizadas. Después aborda los mismos temas que Balil, economía rural, industria y comercio, para terminar con unas consideraciones acerca del nivel de vida en los diversos grupos y regiones.

La quinta parte está dedicada al período visigótico y llega hasta el año 711 en que el reino hispano-visigodo cae en manos de los árabes. Esta parte tiene por autor a Orlandis que usa, como fuentes principales, las crónicas, biografías, legislación civil y eclesiástica, además de la epigrafía. El análisis del reino visigótico se desarrolla estudiando, por este orden, la población con la distinción entre los elementos germano y románico, medio urbano, medio rural, estructura social (clases sociales, nobleza visigótica, aristocracia hispano-romana, etc.), la hacienda pública, agricultura, ganadería, industria y comercio.

Como podrá observarse, es un estudio completo de todos los factores integrantes del desarrollo económico y social de España desde los primeros asentamientos humanos sobre la Península hasta la llegada de los árabes.

Todas y cada una de las partes llevan abundante bibliografía lo cual permite profundizar en los detalles que susciten mayor interés.

Junto a esto hay que hacer referencia a la gran cantidad de ilustraciones extremadamente cuidadas así como a los mapas que ayudan a comprender los conceptos expuestos.

Felicitemos a los autores por esta gran obra, lo mismo que a la Confederación Española de Cajas de Ahorro por haberla posibilitado, al tiempo que confiamos en que llegue a culminarse al mismo nivel científico en que se ha llevado a cabo este primer volumen.

E. MATILLA

MANTERO, TERESA.—*Amore e Psiche. Struttura di una «fiaba di magia»*. Istituto di Filologia classica e medievale, Università di Genova, Facoltà di Lettere, Genova, 1973, 228 pp.

Pocos textos han sido analizados tan concienzudamente como este cuento de «Amor y Psique», reelaborado con todo refinamiento por Apuleyo a partir de un innegable fondo tradicional de raíces muy lejanas en el *folk-tale*. Sobre sus motivos y sobre su función en la novela de Apuleyo tenemos estudios inteligentes y sugestivos, que subrayan bien su carácter alegórico y su eficacia narrativa en el contexto de *El Asno de Oro*. (Basta referirnos al reciente análisis de P. G. Walsh, en *The Roman Novel*, 1970, pp. 198-223, con sus esmeradas referencias bibliográficas.) No obstante, este trabajo de T. Mantero, a quien conocíamos por un inteligente libro sobre el «Heroikos» de Filóstrato, aporta algo nuevo, al enfocar el espléndido cuento antiguo desde una nueva perspectiva: la del análisis estructural del relato.

Que el cuento de «Amor y Psique» es la reelaboración de un cuento maravilloso popular (*folktale*, *Märchen* o «fiaba di magia») es un dato reconocido y aceptado desde hace mucho (por ejemplo, entre los artículos recogidos por Binder y Merkelbach en 1968 hay varios ya antiguos que defienden tal tesis y señalan los motivos folklóricos más destacados del mismo). Ahora bien, T. Mantero aplica a esta narración un análisis de tipo estructural basándose en el esquema trazado por V. Propp en su famoso libro *Morfología del cuento*. Así los motivos arquetípicos no son considerados aisladamente como referencias simbólicas sueltas en una conexión casual, sino como funciones relacionadas en una secuencia que refleja el esquema fijo y característico de tales relatos.

Esta aplicación del método analítico estructural a un tema de la literatura clásica está efectuada con notable agudeza crítica. La autora reconoce a F. Della Corte como precedente en la aplicación metódica de las teorías de V. Propp a este terreno. Hay que decir que el uso de tal método no supone dejar de lado el estudio de los motivos singulares, con sus connotaciones específicas dentro de la tradición cultural histórica en que se inserta el texto analizado. Así lo demuestra T. Mantero que al estudiar, por ejemplo, «el motivo del palacio encantado» (pp. 52-65) no sólo destaca sus componentes típicos en el *Märchen*, sino también sus precedentes en los textos homéricos. Las notas demuestran la atención a la bibliografía precedente, citada con oportunidad.

La obra está compuesta en cuatro capítulos y una conclusión. El primer capítulo es de tipo metodológico y en él se plantea con toda claridad la perspectiva y las pretensiones de este análisis. Es interesante la contraposición entre el método de la tipología calificada de «linneiana» y el método comparativista (p. 29 y ss.) y también es curioso que la autora se plantee la relación entre el esquema del cuento y el esquema arquetípico de las *Metamorfosis* y de las novelas griegas en general (p. 26 y ss.). (Sobre la relación entre el significado del cuento y la novela de Apuleyo, cf. P. G. Walsh, *loc. cit.* y mi libro *Los orígenes de la Novela*, 1972, p. 389 y ss. Sobre un tema parecido, en general, es curioso también el análisis, sobre Heliodoro, de I. Nolting-Hauff: «Märchenromane mit leidendem Helden» en *Poetica*, 1974, pp. 417-455.)

El capítulo II (pp. 43-99) trata de la valoración de los motivos del cuento en la novela corta de Apuleyo, mientras que el III y el IV analizan la estructura narrativa del mismo, considerándola en dos movimientos: la desaparición de

Cupido despertado por la curiosidad de su esposa, quebrantadora del tabú, marca el límite entre uno y otro. La autora distingue XXXI funciones en el relato, designadas de acuerdo con el esquema de V. Propp. En las pp. 163-178 se resumen en fórmulas y líneas esenciales los resultados de los análisis anteriores.

Nos parece éste un estudio bien planteado desde un principio, y desarrollado con suficiente rigor crítico como para demostrar los resultados de la aplicación de tal método a un tema clásico tan trillado ya que parecía que nada nuevo podría añadirse sobre él. T. Mantero recoge los logros anteriores y con su esquema logra hacernos ver mejor la estructura preliteraria del relato, y la coherencia y ordenación de sus motivos, que Apuleyo ha sabido conservar en su reelaboración. Con su exquisita maestría literaria Apuleyo añade una significación más refinada al viejísimo esquema «mítico» del cuento, y extrae de la estructura arquetípica connotaciones y sugerencias novelescas nuevas. Estas aportaciones literarias se perciben mejor cuanto mejor conocemos la arquitectura folklórica del relato fabuloso, que T. Mantero detecta y analiza con gran precisión.

CARLOS GARCÍA GUAL

FONTAINE, J.—*La letteratura latina cristiana*, trad. de S. D'ELIA, Bolonia, Il Mulino, 1973. 223 pp.

Nos encontramos ante un libro poco común, por las razones que ahora se dan. La primera es la personalidad, bien definida y notable, del profesor francés, quien se aventura a exponer de un modo breve y sucinto uno de los períodos menos tratados dentro de la historia de la literatura latina; otra razón que avala nuestro aserto es el procedimiento utilizado y es el actual de las llamadas «generaciones literarias» y así se distribuye por capítulos el acervo literario de los cristianos: la generación de Cipriano, de Lactancio, etc. Hay que sumar a las precedentes la importante de ser un libro polémico por cuanto a estos procedimientos se añade una contemplación profundamente existencial y fenomenológica, por lo que la obra en cuestión, dada la enorme perspectiva que su profunda formación lingüística, literaria, filosófica y teológica otorga al autor, viene a convertirse en una verdadera monografía donde se contiene, para cada autor, lo más importante y esencial de su obra, como reflejo de una tensión vocacional para, en obediencia, seguir el mandato de la palabra. Porque toda la producción literaria cristiana viene a afirmar Fontaine, guarda dentro de sí, como conviene a su esencia religiosa, el eco kerigmático, que en esta hora viene a ser puesto en el plano que le corresponde por la teología; eco kerigmático que impulsa toda la perspectiva que los cristianos tienen de su relación con el mundo y su contemporaneidad, y por lo tanto de su relación con la cultura pagana. Afirmaciones contundentes, nacidas de un acercamiento más real y proporcionado al problema de una literatura cristiana, del tenor de la contenida en la p. 27: «Il dialogo tra pagani e cristiani presuppone una lingua comune, nell'accezione piú larga del termine», dejan poco respiro a la objeción, si bien en contrapartida abren un nuevo e insospechado camino de entendimiento. Ya el mismo título de la obra señala la posición de Fontaine, dado que se entiende la producción literaria cristiana dentro de la tradición latina, de ahí su título... latina cristiana. Desde un punto de vista meramente formal conviene señalar el apéndice de bibliografía y nombres propios,

así como el prólogo, realmente brillante y profundo de D'Elia. A partir de ahora el estudioso de las cuestiones literarias latinas tendrá en su poder un libro verdaderamente ejemplar y paradigmático, básico por su aportación original en algún caso como el de Ambrosio y que ha llevado hasta sus últimas consecuencias, en plena coherencia metodal, con el riesgo que supone la novedad arriba citada, la afirmación programática de toda la literatura cristiana que Fontaine propone, «una originalità che non è una singolarità» y ahí, creemos, radica toda la debatida cuestión de la literatura cristiana, que siguió siendo, pese a quien pese, latina.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

IV RESEÑAS BREVES

LUCRETIUS.—*About Reality*, newly translated by PHILIP F. WOOPY, New York, Philosophical Library 1973. 232 + X pp.

Sin duda alguna la tarea de la traducción de los textos antiguos es de las más comprometidas para un estudioso de las lenguas clásicas. La que ahora se nos presenta es un ensayo de aproximación, tanto formal como interna, a la obra lucreciana. Se ha recurrido al verso según la disciplina que el autor propone en la introducción: «The poetic meter is a reduplication of the Latin dactylic hexameter of the original». El prólogo tiene algún rasgo sorprendente, pero que ayudará, en cierta medida y con cautela, al iniciando en una comprensión más viva de Lucrecio.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO